EL TEATRO MODERNO

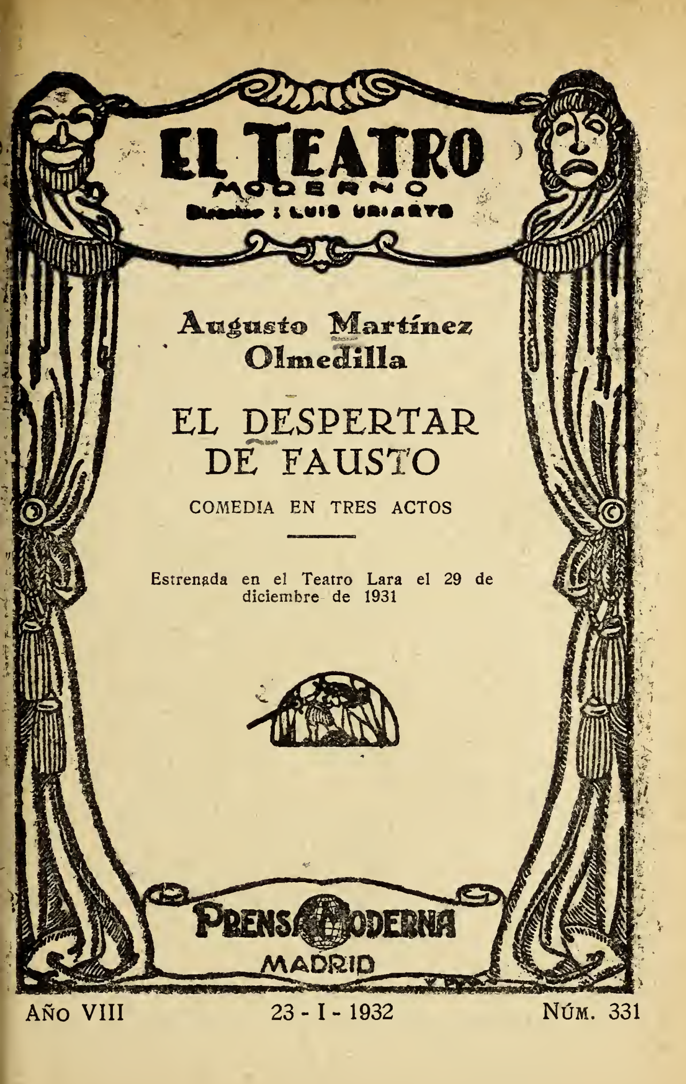


A. MARTINEZ OLMEDILLA

EL DESPERTAR DE FAUSTO



EL DESPERTAR DE FAUSTO



Augusto Martínez Olmedilla

EL DESPERTAR DE FAUSTO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara el 29 de diciembre de 1931

AÑO VIII 23 - I - 1932 NÚM. 331

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Margarita	*Ana María Custodio.*
Doña Claudia	*Concha Catalá.*
Doña Luciana	*Matilde Galiana.*
Ruperta	*Soledad Domínguez.*
Engracia	*Anita Caruana.*
Don Faustino	*Manuel González.*
Nolasco	*Gaspar Campos.*
Cepedita	*Nicolás Rodríguez.*
Federico	*Manolo Dicenta.*
Señor Pascual	*Manuel San Román.*

La acción en Madrid. Hoy. Decorado fijo los tres actos.

ACTO PRIMERO

Despacho decorosamente amueblado en casa de don Faustino. Gran ventanal al foro, por donde entra a raudales la luz de una mañana madrileña. Una puerta a la derecha y dos a la izquierda. Mesa escritorio adosada al testero derecho. Próxima a ella, en primer término, mesita con máquina de escribir.

(Al levantarse el telón, don Faustino trabaja, rodeado de papelotes, en la mesa escritorio. Es don Faustino un señor respetable, cuya edad rebasa el medio siglo. Contribuyen a hacerle aparentar más años de los que realmente tiene, el pelo enmarañado y largo, la barbaza hirsuta, las gafas y el descuidado indumento. En la máquina de escribir, de cara al público, teclea Margarita, que es una monada. Pequeña pausa, durante la cual se oye la percusión de la mecanografía.)

FAUS. ¿Has terminado el párrafo?

MARG. Sí, señor.

FAUS. ¿Sin cometer ninguna errata?

MARG. Creo que no... Por lo menos, he puesto los cinco sentidos

FAUS. Con un poco de atención, basta. Claro que yo lo corrijo luego y pueden subsanarse las pifias. Pero me gusta que vayan las copias pulcras, sin enmienda. Trae a ver.

MARG. Sí, señor. *(Se levanta y entrega a don Faustino la hoja que acaba de escribir.)*

FAUS. Vamos a ver. *(Lee.)* ¡Vaya! Hay una, y de las más gordas.

MARG. *(Apurada.)* ¡Ay, Dios mío! ¿Qué he puesto?

FAUS. ¡Casi nada! Hablas de la guerra de sucesión, refiriéndote a los Estados Unidos.

MARG. ¿Y no está bien así?

FAUS. ¡Claro que no, hija mía; claro que no! No es sucesión. es secesión, secesión...

MARG. Yo creí que se decía guerra de sucesión...

FAUS. Se dice..., cuando debe decirse... «Secesión» es separatismo. Los Estados Unidos del Sur quisieron separarse de los del Norte. Esta es la guerra de secesión norteamericana. ¿Comprendes ahora?

MARG. Sí, señor ¡Y yo que creí que la errata era de usted!

FAUS. No te metas a corregirme nunca. Por poco que yo sepa he de saber más que tú.

MARG. Perdóneme usted. Soy una tonta. No se enfade usted conmigo.

FAUS. Si no me enfado, criatura. Te corrijo, porque así debe ser. Para que me seas útil, es necesario que aprendas algo de lo mucho que ignoras. Cuando empezaste a trabajar conmigo, hace muy cerca de dos meses, no sabías nada de nada.

MARG. Sí, señor. Es verdad. Había cursado el bachillerato elemental y los estudios de Taquigrafía y Mecanografía; todo ello con notas de sobresaliente; y, sin embargo..., es verdad: sabía muy poco.

FAUS. Poseías una ignorancia enciclopédica. No eres el único caso, por desgracia. Anda, borra con cuidado esa *u* y sustitúyela por una *e*, procurando que no se conozca.

MARG. Sí, señor *(Lo hace.)* Gracias a que usted es bueno y tiene paciencia conmigo, que si no... El primer día que escribí con usted pensé que me mandaba a casa definitivamente.

FAUS. Tentaciones me dieron, no creas... ¡Dieciocho erratas en una sola cuartilla!... Casi más que palabras. Me sulfuré, y no era para menos. Te echaste a llorar, me dió pena verte... Hoy me alegro. Te he tomado ley.

MARG. Como al gato.

FAUS. Demasiado sabes que no es así.

MARG. Ya está. *(Entrega la hoja a don Faustino.)*

FAUS. ¿A ver? *(Lee.)* Está bien. No se conoce apenas.

Pero es mejor que me consultes cuando tengas cualquier duda.

MARG. Sí, señor.

FAUS. Y basta por ahora. Descansaremos un rato.

MARG. Si me lo permitiese usted, saldría un momento. Mi madre va a venir a buscarme. Hoy es mi cumpleaños y tenemos que hacer unas compras. Pero volveré pronto.

FAUS. ¡Ah, muy bien! ¿Y cuántos cumples?

MARG. Veinte.

FAUS. *(Suspirando.)* ¡Veinte años! ¡Divino tesoro! Hasta luego, y mil felicidades.

MARG. Muchas gracias, don Faustino. *(Vase don Faustino por la derecha. Margarita recoge sus bártulos. Los guarda en el cajoncillo de la mesita que sostiene la máquina de escribir, y se pone el sombrero, que estará sobre algún mueble. Asoma por primera izquierda Ruperta, criada zafia y pintoresca, como luego se verá.)*

RUPE. *(Asomando por primera izquierda.)* Señorita Márgara, su mamá de usted que la busca...

MARG. Pasa, mamá. *(Vase Ruperta por primera izquierda. Entra por la misma doña Luciana, madre de Margarita.)*

LUC. ¿Has terminado ya?

MARG. Sí, hace un instante.

LUC. Habrás puesto muchas burradas.

MARG. ¡Mamá, por Dios!

LUC. Sí, hija, sí. Estoy en el secreto. Eres una taquimeca lo que se dice catastrófica. Pero no te importe. Don Faustino no te despide ni a la de tres. ¡Sí, sí, despedirte! Ni más ni menitos.

MARG. Don Faustino es muy bueno, y me guarda muchas consideraciones.

LUC. Ríete tú de consideraciones y de bondades. Está el hombre que babea por ti. No hay más que verle.

MARG. ¡Mamá!

LUC. Ya puedes ponerle todas las barbaridades que se te ocurran. Le harán gracia. Y el día menos pensado te suelta el pavo.

MARG. Pero, mamá, si puede ser mi abuelo.

LUC. No digas tonterías.

MARG. No hablemos de eso, mamá. Cada uno tiene derecho a vivir su vida.

LUC. ¡Muy bonito! Las jóvenes de ahora salís a cada paso con esa monserga. ¡Vivir su vida! O lo que es lo mismo: hacer todo el mundo lo que le dé la gana. ¡Ni media parole plus! En mis tiempos, a eso se le llamaba mala educación; y si yo le saigo a mi madre por ese registro, no es tortazo el que me pega. Por lo demás, ya puedes figurarte que sólo me interesa tu bien.

MARG. Sí, lo comprendo. Pero no puede ser, no podría quererle.

LUC. ¡Que te crees tú eso! Don Faustino no es un viejo canene. Es... un hombre de cierta edad. Le pelas, le vistes mejor, y te resulta un figurín. A la vuelta de seis meses, tanto te da haberte casado con él como con otro.

MARG. Sí; pero las ilusiones...

LUC. Claro. Preferirías casarte con un pollo bien. Pues yo te aseguro que los pollos bien sirven para con tomate, pero no para maridos. Lo sé por triste experiencia. Tu padre era un pollo bien de aquellos tiempos. Gomosos se llamaban entonces. Presumía más que una titiritera y me lo envidiaban las amigas. Pues nada; nos casamos, y en lo mejor de su vida se le acabaron las ganas de trabajar, y tuve yo que ingeniármelas para salir adelante. Un día, por un accidente de automóvil en una juerga, lo llevaron a casa hecho un tronco, y murió sin recobrar el poquísimo conocimiento que tenía. ¿Y quieres tú repetir la suerte? Ni más ni menitos, niña.

MARG. No todos han de ser lo mismo.

LUC. Los hay peores. Y ése que te ronda estos días, el tal Ceperita, además de pollo bien, es tonto de la cabeza.

MARG. Es un muchacho trabajador... Me quiere...

LUC. Pero si le vuelves boca abajo no caen dos reales. Portándose bien, los volatineros, vulgo gabrieles, y pare usted de contar. En cambio, aquí hay pasta de largo.

MARG. El dinero no da la felicidad.
LUC. Pero sin él no hay felicidad posible.
MARG. No le doy yo ese disgusto al muchacho.
LUC. Lo menos creerás que iba a viaductearse por tan poco. Ni más ni menitos.
MARG. No; si yo no creo tal cosa.
LUC. Además, ¿tienes compromiso con él?
MARG. No. Eso, no. Seriamente, no me ha dicho nada todavía.
LUC. ¿Y tú, estás amelonada por el socio? Porque en tal caso, me retiro; ni media parole plus.
MARG. Tampoco Simpatía nada más.
LUC. ¡Pues entonces! *(Entra por segunda izquierda doña Claudia, hermana de don Faustino. Trae en una mano una bandejita con un vasito de Jerez y varios bizcochos.)*
CLAU. Buenos días.
LUC. Muy buenos, doña Claudia.
CLAU. ¿Vienen ustedes o se van?
LUC. Nos vamos. Pero en seguida volveremos.
CLAU. Me lo figuro.
LUC. Hasta después. (Esta no nos traga.)
MARG. Hasta luego. *(Vanse por primera izquierda doña Luciana y Margarita.)*
CLAU. Vayan con Dios. ¡Valientes lagartonas! *(Deja la bandejita sobre la mesa de don Faustino. Abre la puerta derecha y dice desde el umbral:)* ¡Faustino! Aquí tienes los bizcochos y el jerez. *(Entra don Faustino por la derecha.)*
FAUS. En este momento son las once. Eres cronométrica. La exactitud personificada.
CLAU. ¡De valiente cosa me sirve!
FAUS. ¿Por qué dices eso?
CLAU. Porque es la verdad. Yo venga cuidarte y mirar por lo tuyo; y tú erre que erre, que pareces un chico mal criado.
FAUS. No entiendo lo que quieres decir. *(Toma los bizcochos mojados en vino.)*
CLAU. ¡Pues sí que es el secreto a voces! Desde que entró en casa la niña esa, ya me supuse algo. En cuanto conocí a la madre, no me quedó la menor duda. Es de abrigo la tal doña Luciana.

Entraron aquí a cosa hecha. Y tropiezan contigo, que eres un alma cándida. Tarumba te han vuelto entre las dos.

FAUS. Todo eso son suposiciones tuyas.

CLAU. ¡Sí, sí, suposiciones! Que voy para vieja, y cazo muy largo. El que no se da cuenta de su edad eres tú, y la verdad, me duele que mi hermano haga el ridículo.

FAUS. Nada, nada, no hay tal cosa. No se hable más de ello.

CLAU. Sí, claro No se hable más de ello. O lo que es lo mismo: vete de aquí, que estorbas. Yo he sido buena para cuidarte siempre, para desvivirme por ti; que lo primero del mundo, puedes creerlo, para mí es mi hermano. Tanto como mi hijo. Y luego, para que me lo pagues de este modo... *(Llora.)*

FAUS. Si yo agradezco mucho tus desvelos... Creo habértelo demostrado así... Quedaste viuda hace años. Yo estaba soltero. Viniste a mi casa. Nada te ha faltado nunca.

CLAU. Un ama de llaves gratuita. Eso he sido para ti.

FAUS. No te señalé un sueldo; pero tienes cuanto pides. Gracias a mí, tu hijo tiene un porvenir seguro.

CLAU. ¡Valiente porvenir! Un destinillo en un Banco.

FAUS. Si no quiso estudiar una carrera, yo no tengo la culpa. Tú aspirabas a que fuese ingeniero de Caminos, y yo no me opuse. Te consta lo que gasté en la preparación durante tres o cuatro años. En vista de que no lograba ingresar, más modestamente, intentó ser ayudante de ingeniero. ¡Tampoco! Por último, sobrestante de Obras Públicas. ¡Ni eso! Y no acabó de peón caminero porque pude meterle en el Banco, donde tiene, aunque modesta, una colocación segura. Y basta ya, que me parece que alguien viene. *(Asoma por primera izquierda Nolasco, que es un hombrecillo andaluz, calvo, coloradito y sonriente.)*

NOLAS. ¿Estorbo?

FAUS. Adelante, Nolasco.

NOLAS. Si no soy oportuno, volveré luego.

CLAU. No faltaba más. La que estorba soy yo, y ya me iba. *(Vase doña Claudia por segunda izquierda.)*
FAUS. Pasa, hombre, pasa.
NOLAS. *(Entrando.)* Pláticas de familia, por lo que veo.
FAUS. Cosas de mi hermana. Me ha hecho una escena. Lo que más me molesta en la vida. Quejas, recriminaciones, llantos.
NOLAS. ¿Alguna hazaña del niño?
FAUS. No. El niño está fuera, como sabes. No habla de volver. Iban contra mí los tiros.
NOLAS. ¿Contra ti? ¡Pues sí que tiene gracia! Se le habrá indigestado la sopa boba que está comiendo a tu costa desde que Fernando VII gastaba paletó... O sea desde que su señor marido tuvo a bien dejarla arruinada y morirse, cuando no quedaba ni un botón en la casa.
FAUS. ¡Valiente sinvergüenza el tal marido!
NOLAS. Era un sinvergüenza. Pero sabía alternar como nadie. Joseíto el de los pápiros le llamaban, porque iba regando de papel moneda los templos del placer. Dejó nombre en Madrid. Era un tío.
FAUS. Sí que era un tío.
NOLAS. La corrimos juntos muchas veces, y reconozco que era más castizo que yo. Hasta tuvo el talento de morirse oportunamente. ¡Se acabó el carbón! Ahí queda eso. Y te endosó la viuda y el huérfano para que te distraigas. ¡Por qué no habré tenido yo un cuñado como tú!
FAUS. ¿Para qué?
NOLAS. Para darle un encarguito semejante y morirme tranquilo.
FAUS. ¡Hombre, morirte!
NOLAS. ¡Pues claro que sí! ¿Es que crees que me divierte mucho vivir como vivo, siempre a salto de mata? La del talento fué mi mujer, que tuvo la comodidad de diñarla cuando nos quedamos como el gallo de Morón. Si yo estuviera solo, menos mal. Pero me quedan las chicas, que no tienen culpa de nada, y hay que afanarse por ellas.
FAUS. Nada más justo.
NOLAS. ¡Y cómo me afano, chico! A veces me figuro que

no soy yo, sino otro, el que suda tinta para mal vivir, en vez de postinear por los colmados como en mis buenos tiempos. A ti te consta que soy de buena casa. Juntos hicimos el bachillerato. Luego, cada cual siguió su camino. Tú, a trabajar. Yo, a vivir. La gran vida mientras pude. Después..., no sé; aperreado, y menos mal si se hiciera algún negocio.

FAUS. ¿Sigue la mala racha?

NOLAS. De lo peorcito. O no hay dinero, o la gente lo guarda bajo una baldosa. Y cuidado que yo procuro defenderme agarrándome a todo. Compraventa de fincas y automóviles, corredor de alhajas, comisiones de todas clases. Si llega el caso, ejerzo de peluquero y de pedicuro. Pues hay días que ni me estreno. ¡Y llevo cada ganga!... Hombre, sin ir más lejos, mira qué estupendez. *(Saca del bolsillo un estuche y se lo enseña a don Faustino.)*

FAUS. Yo no entiendo de joyas.

NOLAS. Aunque no entiendas. Salta a la vista. Un cuajado de brillantes que quita el hipo.

FAUS. Sí. No está mal.

NOLAS. Una pieza soberbia. Es de «la Jamoncitos». ¿Tú te acuerdas de «la Jamoncitos»?

FAUS. ¿Yo? No.

NOLAS. Fué bailarina de tronío. Una hembra de una vez. ¡Vaya curvas y vaya salero! De las de mi época. Hará más de veinte años. Cuando las mujeres eran mujeres y no espátulas, como ahora. La pobre está hecha una ruina. Mejor dicho, un derribo. Tenía un caudal en alhajas. Las vende poco a poco y va viviendo. Esta se la regaló un aristócrata: el barón de Casa-Mota, que se quedó por ella sin una casa y sin una mota. Seis mil pesetas pagó por la alhaja. «La Jamoncitos» la daría en dos mil. ¿Te animas?

FAUS. ¿Yo para qué la quiero?

NOLAS. Para hacerme un favor, hombre. Me da trescientas de comisión. Anda, quédatela.

FAUS. Que no, que no. Qué disparate.

NOLAS. Como quieras. *(Guarda el estuche.)* ¿Vas a uti-

lizar hoy mis servicios? ¿Te arreglo los pies? ¿Te corto el pelo? Ya sabes que de peluquero soy un hacha.

FAUS. No ; déjalo. Otro día. La escenita con mi hermana me ha puesto de mal humor.

NOLAS. ¿Y por qué fué? Si no es indiscreta la pregunta.

FAUS. Se le ha metido en la cabeza... ¡ Figúrate !... Que me entiendo con la mecanógrafa.

NOLAS. Chócala, hombre. Gracias a Dios que haces algo con sentido común.

FAUS. ¡ Pero si no es verdad ! Mi palabra. No hay tal cosa.

NOLAS. Retiro la enhorabuena. Era lo más natural del mundo. No sé cómo resistes esa vida ostrícola que llevas, haciendo el indostánico a cuatro manos.

FAUS. Mi mundo es éste. Mis trabajos, mis investigaciones... Para poner en limpio los informes de la Academia, el original de los libros, necesito una mecanógrafa. Doce años tuve a Eladia, la antecesora de Margarita, y te juro que no se me ocurrió fijarme en ella.

NOLAS. Como que era un chucho. Corcovada, chata, sin pelo... Lo que se dice una birria.

FAUS. Nunca la miré como mujer. Era un instrumento de trabajo. Cumplía su obligación a maravilla. Tuve un disgusto cuando se despidió para casarse.

NOLAS. Los hay con tragaderas.

FAUS. Entonces tomé a Margarita. Me la recomendaron unos amigos. Muy modosa, muy dócil, eso sí ; simpática ; pero escribiendo, una hecatombe. En la primera cuartilla que copió había dieciocho erratas. No te digo más. Debí despedirla en aquel momento. No la despedí... No sé por qué no lo hice.

NOLAS. Porque te gusta más que un dulce.

FAUS. ¡ No !

NOLAS. ¡ Amos, anda ! No lo niegues, hombre. Parece que te avergüenzas de ello. ¡ Si es lo más grande del mundo ! ¡ Ahí es nada ! ¡ Una mujer bonita !

Quién me la diera... y me quitara veinte años de encima.

FAUS. ¿Lo ves? Tú lo has dicho.

NOLAS. ¿El qué?

FAUS. Que tenemos la misma edad: que somos viejos.

NOLAS. Pero tú estás en mejor uso que yo. De veras. Yo he vivido mi vida. Estoy... averiadillo. Tú, en cambio, como si acabaras de entrar en quintas.

FAUS. *(Halagado a pesar suyo.)* Tanto como eso...

NOLAS. ¡Pero si es la verdad! El trato con los archivos y las bibliotecas conserva la salud y el dinero. Claro que vivir entre telarañas para saber si doña Urraca de Castilla era chata, o si a don Fernando el de Antequera le gustaban las rubias, no es vivir. Prefiero lo mío.

FAUS. *(En un arranque de sinceridad que no puede contener.)* Si te dijera... que a veces pienso como tú...

NOLAS. ¡Ole! Naturalmente, hombre, así es como se piensa.

FAUS. Y es ahora cuando me ocurre este fenómeno.

NOLAS. El fenómeno era lo de antes, y te lo voy a explicar. Desde que tienes cerca esta monada. Porque, chico, la taquimeca es de aúpa: joven y guapa, como se las presentaban a Fernando VII.

FAUS. Sí; reconozco que la muchacha es linda.

NOLAS. ¿Cómo linda? Una superproducción... y digo poco.

FAUS. Pero no interpretaba yo mis sensaciones de ese modo... Procuro educarla, instruirla, modelar su espíritu... En esa tarea, para qué negarlo, disfruto mucho.

NOLAS. Pues excuso decirte, si te dejas de espiritualidades, lo que disfrutarás luego.

FAUS. Vivía yo en mi rincón oscuro, y de pronto entra en él un rayo de sol... Esto es Margarita para mí. El fulgor que alumbra las postrimerías de mi vida.

NOLAS. No te pongas cursi. ¿Quién habla de postrimerías?

FAUS. Demasiado sabes los años que tengo.

NOLAS. Tres más que yo; y ya me ves, tan barbián. Lo

que pasa es que el trato con la Historia, aunque conserva por dentro, envejece por fuera. Debías modernizarte un poco.

FAUS. No sé cómo.

NOLAS. Por de pronto, afeitándote. ¿Quién lleva hoy barbas, como no sea un chiflado?

FAUS. ¡Mis barbas!

NOLAS. Después, suprimiendo esa zalea enmarañada de la cabeza.

FAUS. ¡Mi pelo!

NOLAS. Finalmente, vistiendo una ropa mejor. ¿Qué? ¿Te atreves? Yo te arreglo en seguida.

FAUS. ¡Calla, calla, Mefistófeles!

NOLAS. No me compares con Mefistófeles. El infeliz era un primo alumbrao. Le prepara la aventura a Fausto y luego deja que le dé la patada. Yo no me aguantaría, te lo advierto. ¿Qué, vamos a la transformación?

FAUS. No digas tonterías. ¡Como si de ese modo me disminuyese la edad!

NOLAS. Pero si tú no eres viejo. Lo pareces, por lo raro que vas. Eres... un camastrón bien conservado. Y ahora, el mundo es de los camastrones. Si yo estuviera en tu pellejo, ¡iba a hacer cada conquista!

FAUS. Oye, ¿y por qué no las haces?

NOLAS. ¡Porque estoy a dos velas, criatura! Un camastrón a palo seco no es nadie. Pero con pasta mineral catalana, se lleva de calle a la que quiera. ¿Es que no te gustaría enamorar a esa perita en dulce?

FAUS. ¡Enamorarla! ¡Cómo si eso fuera posible!

NOLAS. Es posible y es fácil si te dejas guiar por mí.

FAUS. Me parece ridículo a mis años.

NOLAS. Luego te alegrarás. Vamos, ¿te arreglo?

FAUS. Ya que tanto te empeñas...

NOLAS. Eso sí: ha de ser para lanzarte. No bien veas a la muchacha, ¡zas!, como una flecha.

FAUS. ¡Por Dios, Nolasco! ¡A mis años y en mis condiciones haciendo el amor!

NOLAS. A tus años y en tus condiciones no hay que hacer el amor: se compra hecho. *(Vanse don*

Faustino y Nolasco por la derecha. Queda la escena sola un instante. Y entra por primera izquierda Ruperta, seguida de Cepedita.)

RUPE. Pase usted y asiéntese. Voy a avisar a la señora. Usted es Cepedita, ¿verdad?

CEPE. En efecto.

RUPE. Pues espere usted un instante.

CEPE. Esperaré. *(Vase Ruperta por segunda izquierda y vuelve a salir por la misma.)*

RUPE. Ahora mismo viene. *(Vase Ruperta por primera izquierda. Entra por segunda izquierda doña Claudia.)*

CLAU. ¿Qué tal, Cepedita? ¿Tú por aquí?

CEPE. A saludar a usted y a saber noticias del ausente.

CLAU. ¿No te ha escrito?

CEPE. Ni pensarlo. Lo pasa demasiado bien para acordarse de los amigos.

CLAU. No creas que se acuerda demasiado de mí. Una postal de vez en cuando, y gracias. Pero como es un zalamero y me tiene engatusada, con cuatro palabritas me contenta. Las últimas noticias son de Montecarlo.

CEPE. ¡Ah! ¿Ya no está en París?

CLAU. No. Se marchó hace tiempo. Ha estado en Italia y en Suiza. Un recorrido precioso.

CEPE. ¡Ya lo creo! No hay que decir que habrá usted recibido varias veces el consabido telegrama: «Remitan fondos».

CLAU. No, hijo. Qué he de recibir. No me ha pedido un céntimo. Por supuesto, hubiera sido igual. No estoy yo para remitir fondos. Para mí los quisiera.

CEPE. Pues, cuando regrese, le voy a pedir la receta.

CLAU. ¿Qué receta?

CEPE. Para estirar el dinero. Hay que ver lo que le duran las pesetas de la lotería. Ni que fueran de goma.

CLAU. Eso mismo me parece a mí. Le tocaron mil pesetas, que son muchas pesetas: hace tiempo que no las he visto juntas. Y en vez de guardarlas para un apuro o gastárselas aquí poco a

poco, me dice que va a emprender un viaje. Siempre fué novelero, y una ocasión así no volvería a presentársele fácilmente... Le dejé que hiciera su capricho. Cerca de dos meses lleva dando tumbos.

CEPE. Y tan cerca. Dentro de pocos días los hará. Como que de eso quería que habláramos.

CLAU. ¿De eso?

CEPE. Sí, señora. Federico pidió licencia por un mes. Desde París escribió al director del Banco pidiendo una prórroga. A regañadientes, le fué concedida. La prórroga era de quince días, y venció la semana pasada. Desde entonces, tres veces me ha llamado el director a su despacho.

CLAU. ¡Tres veces!

CEPE. Como saben que Federo y yo somos amigos, y me hice cargo de su trabajo al marcharse, todo se le vuelve hacerme preguntas: que cuándo viene; que qué le pasa; que dónde está... He podido disculparle con algún embuste: un accidente de automóvil.

CLAU. ¡Jesús! No quiera Dios...

CEPE. Algo tenía que inventar. Porque si digo que el socio se está divirtiendo a lo grande, sin pensar en los que hincamos el hombro, el director me tira el pisapapeles a la cabeza. Y, además, le deja a él cesante.

CLAU. Según eso, tú crees que hay peligro...

CEPE. Del pisapapeles, no, porque ya tendré buen cuidado.

CLAU. Pero de la cesantía...

CEPE. De eso no respondo. Hoy me ha vuelto a llamar el director. «¿Qué hay de su amigote?» Le he contestado que estaba un poco mejor; pero que todavía le molestaba la lesión de la pierna.

CLAU. Y él, ¿qué te ha dicho?

CEPE. Pues me ha dicho: «Su amigote es un fresco, y a mí me molestan los frescos, aunque sean de Goya. Me temo que no va a poder justificarse, como no me traiga en persona el certificado de defunción.»

CLAU. ¡Qué atrocidad!

CEPE. Sí, señora. Pero es el director. Y como lo deje cesante, pues cesante se queda.

CLAU. Ay, por Dios, ¿qué podríamos hacer?

CEPE. Lo mejor es avisarle. Que venga en seguida. ¿Tiene usted sus señas?

CLAU. Voy a ver. *(Busca entre los papeles de la mesa.)* Esta es su última postal, desde Montecarlo: «Estoy encantado. Esto es un edén. Salgo para Niza. Muchos besos de Federico.» No dice más. ¿Qué hacemos, Cepedita?

CEPE. Esperar. No hay otro remedio. Porque no me parece práctico enviarle un telegrama con esta dirección: «Al frescales de Federico, en la Costa Azul». No llegaría.

CLAU. El se estará divirtiendo ahora; pero como lo dejen cesante, nos vamos a divertir todos.

CEPE. No se preocupe usted. A lo mejor, ha encontrado la piedra filosofal.

CLAU. ¿Por qué lo dices?

CEPE. Por esa habilidad para estirar las mil pesetas. Si divulga la fórmula, se hace rico.

CLAU. No sé qué haríamos... Mi hermano es muy amigo de varios consejeros del Banco.

CEPE. ¿De veras?

CLAU. Sí; por eso entró Federico en el establecimiento.

CEPE. Pues ya está. Que don Faustino les hable del asunto. Con eso basta.

CLAU. ¿Aunque el director se enfade?

CEPE. A lo mejor le asciende si se lo recomiendan.

CLAU. Pues luego se lo diré a mi hermano.

CEPE. ¿Trabaja mucho don Faustino?

CLAU. Como siempre. Ya sabes. Sus cosas.

CEPE. Ya leí que ha publicado un nuevo folleto: «Precedentes del ascensor y el montacargas en las civilizaciones troglodíticas».

CLAU. Sí. Le han felicitado mucho.

CEPE. Se comprende. Un tema tan interesante... La nueva mecanógrafa le inspirará, de seguro...

CLAU. *(Recelosa.)* ¿Por qué lo dices?

CEPE. Por nada... Porque es un sol... ¡Guapísima!

CLAU. ¿La conoces?

CEPE. ¡Digo, si la conozco!... Margarita. La espiritual Margarita... Fuimos compañeros en el Banco.

CLAU. ¡Ah! ¿Sí?

CEPE. Duró poco. Y no podía ser de otra manera. Porque es un sol; pero como mecanógrafa es muy mala. Ponía unas burradas graciosísimas. Yo se las hubiera perdonado con tal de verla. Pero el director no fué del mismo parecer, y la puso de patitas en la calle.

CLAU. ¡Mira qué lástima! *(Irónica.)* ¿Y has seguido viéndola?

CEPE. Siempre que puedo. La muchacha me gusta un rato largo. Es un sol. Pero la madre no me traga.

CLAU. ¿Ella sí?

CEPE. Concretamente, no lo sé. Nada la he dicho. Bromas. Alguna carta en verso. Porque yo hago versos y hasta publico algunos en *El Eco de Chamberí*... Todos se los envío a ella. Parece que no me pone mala cara. No sé.

CLAU. ¿Pues a qué aguardas para decírselo, tonto?

CEPE. Qué sé yo... Estoy preparando la declaración en un soneto: «Pido en vano a mi musa inspiración—para cantar tu gracia y tu belleza...» Pero no he pasado de aquí. No me sale. Es muy difícil hacer sonetos.

CLAU. Déjate de sonetos. Díselo en prosa, que es más fácil.

CEPE. Sí, sí, fácil. No tanto como parece. Se lo voy a decir... y me atraganto.

CLAU. No seas tímido. ¿Qué más puede apetecer ella?

CEPE. Vale mucho. Es un sol.

CLAU. Es un sol; pero tiene que comer, y que vestir, y que pagar la casa.

CEPE. Eso sí.

CLAU. Tú verás qué porvenir le espera. Necesita ganarse la vida. Como mecanógrafa... no será, por lo visto.

CEPE. *(Riendo.)* ¡No, por Dios! Me consta que no.

CLAU. Es mejor tener un marido que la mantenga.

CEPE. Me han ofrecido que ascenderé para año nuevo.

CLAU. ¡Ya ves!

CEPE. Setenta duros y dos pagas de gratificación...
CLAU. Nada, hombre; lánzate.
CEPE. En la primera ocasión que se presente...
CLAU. Pronto se te va a presentar.
CEPE. ¿Está aquí?
CLAU. No; pero vendrá de un momento a otro.
CEPE. ¿Lo ve usted? Ya estoy temblando, sólo de saberlo.
CLAU. Pero, hombre, no seas majadero.
CEPE. Es que soy nervioso y me corto. Y delante de doña Luciana, más. Se me palabran las trabas, digo, al revés.
CLAU. Te advierto que vendrá con ella.
CEPE. ¡Pues digo!
CLAU. No te preocupe. Yo me la llevaré con un pretexto para dejarte el campo libre.
CEPE. No sé cómo agradecer a usted... Ni me explico tantas bondades, la verdad...
CLAU. Ganas de hacerte un favor, hombre. Eres amigo de mi hijo. Tengo simpatías por ti. Ella también me es muy simpática. *(Con ironía que, naturalmente, no advierte Cepedita.)* Quiero hacer la felicidad de los dos. La cosa no puede ser más sencilla.
CEPE. *(Nervioso.)* Sí, sí, señora. Se comprende. Hay que ver cómo estoy. Y no ha venido ella todavía.
CLAU. Me parece que ya están ahí.
CEPE. Santa Bárbara bendita...
CLAU. No seas tonto, hombre.
CEPE. No, no; si ya me sobrepongo. No faltaba más. *(Entran por primera izquierda Margarita y doña Luciana.)*
LUC. ¿Se puede?
CLAU. Adelante, adelante. *(A Margarita.)* Mira quién te está esperando.
LUC. (¡Caramba, Cepedita! Hasta en la sopa.)
MARG. ¿Me esperabas, Cepedita? *(Se dan la mano.)*
CEPE. *(Nervioso.)* No; en realidad, esperarte, no... Por más que cuando esta señora lo dice...
CLAU. Sólo falta que me dejes por embustera...
CEPE. No, por Dios, doña Ciruela, digo doña Claudia;

estaría bueno... *(Hablan aparte, en primer término, Margarita y Cepedita. En segundo término quedan doña Claudia y doña Luciana.)*

LUC. *(A doña Claudia.)* ¿Pero es amigo de ustedes este pazguato?

CLAU. Compañero de mi hijo.

LUC. ¡Ya! En el Banco. Allí le conoció Margarita.

CLAU. Es un infelizote.

LUC. Es un tonto, señora.

CLAU. El tipo ideal para marido.

LUC. ¿Usté cree?

CLAU. Yo sé de tres o cuatro que se lo rifan.

LUC. Pues, por mi parte, no tomaría papeleta.

CLAU. ¡Usted..., claro!

LUC. Es que si fuera joven, la tomaría menos. ¡Tenía mi difunto una sandunga!

CLAU. ¡Ay! El mío también. Así nos fué con ellos.

LUC. En eso tiene usted razón. Ni media parole plus.

CLAU. ¿Quiere usted ver las muestras de *crochet* de que hablamos el otro día?

LUC. Sí, señora. Ya lo creo. (Esta quiere retirarme de la circulación.)

CLAU. Pues ande usted, ande, pase usted conmigo.

LUC. Con mucho gusto. (Menos mal que éste es idiota.) *(Refiriéndose a Cepedita.)*

CLAU. *(Al irse, disimuladamente le dice a Cepedita:)* Atrévete, so pánfilo. *(Vanse por segunda izquierda doña Luciana y doña Claudia. Quedan solos en escena Margarita y Cepedita.)*

MARG. ¿En qué quedamos, Cepedita? ¿Me esperabas o no me esperabas?

CEPE. Esperarte, te espero siempre.

MARG. ¡Mira qué bonita frase! ¿Se te ha ocurrido a ti solo?

CEPE. Pensando en ti, se me ocurren muchas cosas. Debía apuntarlas... Luego se me olvidan

MARG. Pues ésta la has recordado.

CEPE. No. Esta ha surgido ahora.

MARG. Así tiene más mérito. Vamos a ver. Dime otra.

CEPE. No se me ocurrirá. Ha de ser espontáneo. Basta que lo desee para que no salga. Ya ves tú, hace

días tengo empezado un soneto que, cuando lo termine, te va a gustar mucho.

MARG. ¿De veras?

CEPE. Dice así: «Pido en vano a mi musa inspiración —para cantar tu gracia y tu belleza...»

MARG. ¿Y qué más? Sigue, que empieza bien.

CEPE. Nada más.

MARG. ¡Valiente cosa!

CEPE. Es muy difícil hacer un soneto. *(Repite el segundo verso como buscando la continuación.)* «Para cantar tu gracia y tu belleza»..., para cantar..., para cantar..., para cantar...

MARG. ¿Sabes lo que te digo?

CEPE. Tú dirás.

MARG. Que no cantes más *La Africana*. Dime en prosa vil el contenido del soneto.

CEPE. ¡Ah! Eso, no. No es lo mismo.

MARG. ¿Por qué?

CEPE. No te lo podría explicar... Le quitas a los versos la rima, que es su música, y no queda nada.

MARG. Entonces haces bien en callarte.

CEPE. No, si no es eso... Es que no me explico... Quisiera yo decirte tantas cosas en ese soneto... Cosas del chico de la flecha... ¿Comprendes? Y, además, otras muchas que en verso no se pueden decir... Por ejemplo: que soy un hombre honrado y trabajador; que no tengo vicios ni los tendré nunca; que una mujer a mi lado será la más feliz del mundo...

MARG. *(Riendo.)* ¡Hay que ver tu abuelita, la pobre, qué poquita falta te hacía!

CEPE. *(Cortado.)* No te burles...

MARG. Si es que manejas el autobombo mejor que un vanguardista. *(Ríe.)*

CEPE. Si lo tomas así, me callaré.

MARG. Más vale. A ver si mientras tanto acaba de salirte el soneto.

CEPE. Pues, mira... Me parece que sí. Ahora lo veo... ¡Nada, que lo veo! Voy al *bar* de la esquina, y en un instante... ¿Me prometes leerlo?

MARG. Prometido.

CEPE. ¿Y contestarme pronto?
MARG. ¡Ah! ¿Pero necesita contestación?
CEPE. La necesita. ¿Me contestarás?
MARG. Naturalmente. No me gusta cometer groserías con nadie.
CEPE. ¿Y qué me vas a contestar?
MARG. Según lo que me preguntes; ¡vaya!
CEPE. Hasta ahora. Pronto vuelvo. «Pido en vano a mi musa inspiración...» *(Se va por primera izquierda precipitadamente.)*
MARG. ¡Pobre Cepedita! Y el caso es que me quiere. Lástima que sea tonto. *(Entran por segunda izquierda doña Luciana y doña Claudia.)*
CLAU. ¿Pero estás sola?
MARG. Completamente.
CLAU. ¿Pues no estaba Cepedita?
MARG. Estaba, pero se fué.
CLAU. ¿Le has despedido tú?
MARG. ¿Yo? No, señora. Dios me libre. Creo que iba a terminar un soneto.
CLAU. ¡Habrá idiota!
MARG. Lo mismo he pensado yo.
LUC. (Menos mal. No ha pasado nada.) *(Entra por la derecha Nolasco.)*
NOLAS. Aquí tienen ustedes una visita.
CLAU. ¿Una visita?
NOLAS. *(Cantando.)* «Adelante, caballero;—pase usté de sopetón...» *(Y entra por la derecha don Faustino, totalmente transformado. Afeitado, el pelo corto y bien peinado, sin gafas, con un traje de buen corte. Las tres mujeres le contemplan con curiosidad y agrado, sin reconocerle. El interesado sonríe satisfecho, convencido del buen efecto que su presencia produce. Nolasco, en actitud del autor que contempla el éxito de su obra.)*
CLAU. Pero ¿quién es?
FAUS. ¿Es que no me conocen?
CLAU. ¡Jesús! ¡Si es mi hermano!
MARG. ¡Don Faustino!
LUC. *(A Margarita.)* ¿Qué dices ahora, niña?
MARG. Que está muy bien.
LUC. ¿Y cómo ha sido la transformación?

NOLAS. *(Pavoneándose.)* ¡Artífice que es uno!
MARG. ¿De modo que es obra de usted?
NOLAS. Completamente.
MARG. Pues hay que felicitarle. Ha tenido usted un lleno.
NOLAS. En todo caso, lo habrá tenido él. *(Aparte a don Faustino.)* Anda con ella, hombre.
FAUS. Lo va a tomar a ofensa.
NOLAS. Pero no seas primo... ¿A qué esperas?
FAUS. Pues... Como hoy es tu cumpleaños, Margarita, quiero que aceptes este recuerdo mío. *(Le da el estuche de la joya que trajo Nolasco.)*
MARG. *(Asombrada.)* ¡Mi madre!
LUC. *(Lo mismo.)* ¡Mi abuela!
MARG. *(A doña Luciana.)* No sé si debo aceptar...
LUC. ¡Estaría bueno hacerle un desaire! Da las gracias, niña.
CLAU. (¡Le cazaron!)
MARG. Por Dios, don Faustino; es demasiado...
FAUS. Mucho menos de lo que tú mereces.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

(Ruperta limpia los muebles con un plumero.)

RUPE. *(Cantando.)*

Madre, cómprame un negro
en un bazar;
madre, cómprame un negro
para bailar...

Pa mí que han llamao. Voy a ver. *(Vase por la primera izquierda y vuelve a poco precediendo al señor Pascual, que es un ordenanza barbudo, con librea y gorra galoneada; lleva una cartera de piel para papeles; habla escuchándose, con mucha prosopopeya.)* Pase usted, señor Pascual. Pase y asiéntese.

PASC. No, señora.

RUPE. Sí, señor.

PASC. Digo que no se dice *asiéntese*.

RUPE. Pues yo lo digo toda la vida, y me entienden.

PASC. Le sobra una *a*. Se dice: *siéntese*.

RUPE. Pues ensíllese, si le parece mejor.

PASC. *(Se sienta.)* Es increible que sirviendo usted a quien sirve, a un sabio, lo que se dice a un sabio, tratando constantemente con él, no se le quite el pelo de la dehesa. El roce ilustra mucho.

RUPE. ¡Andá, si eso fuera cierto, qué ilustración tendrían los peroles!

PASC. Ya me ve usted a mí. Yo soy de pueblo. Mejor dicho, de aldea. Cuando advine a la capital...

RUPE. *(Corrigiéndole.)* Cuando vine. También le sobra una *a* y un poquito.

PASC. Cállese y no corrija. Cuando advine a la capital, yo era un palurdo. Pero me propuse civilizarme, pulirme, ponerme a tono con la docta casa en que presto mis servicios, y lo he conseguido a fuerza de voluntad. El señor presidente dice que soy un autodidacto.

RUPE. ¿Y usted lo aguanta?

PASC. No se trata de un insulto.

RUPE. Pues lo parece. Y entonces ¿qué quiere decir eso?

PASC. Exactamente no lo sé. Algo así como el que aprende solo. Usted debía hacer otro tanto.

RUPE. Amos, ande, señor Pascual. Ni sola ni en compañía. Tengo yo la mollera muy dura para aprender. En el pueblo me enviaron a la escuela y no pude pasar de palotes.

PASC. Pues no parece usted ajena a las curvas.

RUPE. Amos, ande, señor Pascual; no se propase, que me hace usted de reir.

PASC. Sobra el *de*.

RUPE. ¿A que voy a tener que callarme?

PASC. Con que procure aprender, basta. ¡Y con el modelo que tiene! No hay otro como don Faustino. ¡Qué corrección en sus dichos y en sus hechos!

RUPE. Eso es verdad.

PASC. ¡Qué manera de hallar siempre la palabra oportuna para todo!

RUPE. Verdá, verdá.

PASC. ¡Qué afabilidad la suya con todo el mundo, especialmente con los subordinados!

RUPE. También es verdá.

PASC. ¡Qué barbas las suyas, venerables, majestuosas!

RUPE. *(Riendo.)* ¡Jay! Eso ya no es verdá.

PASC. ¿Cómo que no?

RUPE. Porque se ha afeitao.

PASC. ¡Don Faustino rasurado! No lo creo.

RUPE. Lo creerá de que lo vea.

PASC. ¡Pero si no es posible!

RUPE. Y el pelo corto y peinado con fijador. Está pero que la mar de bien. Parece un viejo de esos de cine.

PASC. ¡Estoy asombrado! ¿Y cuándo ha ocurrido el suceso?
RUPE. La semana pasá. Y no es eso lo más grave.
PASC. ¿Aun hay más?
RUPE. Que se nos casa el señor.
PASC. ¡Don Faustino se casa!
RUPE. Lo que usted oye.
PASC. No salgo de mi éxtasis. ¡Y yo que por imitarle me valleinclanizaba! ¿Qué hago de mis barbas ahora?
RUPE. Póngalas en remojo, señor Pascual. Y usté también póngase en remojo.
PASC. ¿Yo? ¿Por qué?
RUPE. Por lo de la boda..., si también quiere imitarle.
PASC. Esperaré a convencerme *de visu*. Y basta de palique. *(Saca un papel de la cartera.)* Hágame el favor de entregarle esta citación para la junta.
RUPE. Se la entregaré de que vuelva. Ya le he dicho que no está en casa.
PASC. Pues firme usted el duplicado.
RUPE. ¡Yo qué voy a firmar! Le pondré el sello. *(Lo hace.)* Ya sabe usted que me estorba lo negro.
PASC. ¡Analfabeta!
RUPE. Eso no me lo dice usted en la calle. *(Bromeando.)*
PASC. ¿A que sí?
RUPE. ¡Amos, ande, don Jaime el barbudo!
PASC. ¿Me prefiere usted rasurado?
RUPE. ¡Cualquiera sabe lo que habrá debajo!
PASC. ¿Pruebo a ver si le gusto?
RUPE. Pruebe usted por si es caso.
PASC. Se dice por si acaso.
RUPE. ¡Se dice magras! *(Vanse riendo los dos por la primera izquierda. A poco vuelve Ruperta.)*
RUPE. ¡Ay, qué condenao de hombre, y cómo pincha! *(Vuelve a limpiar con el plumero, cantando.)*

Madre, cómprame un negro
en el bazar;
madre, cómprame un negro
para bailar...

(Sale por segunda izquierda doña Claudia.)
CLAU. Ruperta.
RUPE. Mande usted, señora.

CLAU. Que no has arreglado todavía el comedor.

RUPE. Ya lo sé, señora. Pero es que ahora estoy con el despacho. Como en denantes lo arreglaba usté, pos esa incumbencia menos tenía una servidora. Pero dende que ocurre... lo que ocurre, pos que usted se enfadó con el despacho, y ya no lo limpia. Y es lo que yo digo: qué culpa tendrá el tintero, y la carpeta, y los papelotes de que haiga... lo que hay. Verdá es que menos culpa tié una servidora, y es la que se lo carga.

CLAU. Déjalo. No lo limpies, si no quieres. Lo haré yo.

RUPE. No, señora; si a mí no me duele el trabajo. Lo digo con el conque de que no me riña si me retraso unas miajas.

CLAU. No; si no te riño. ¡Qué más da!

RUPE. Es que la limpieza del despacho tié más intríngulis de lo que parece. Hay que tener cien ojos con los papelotes. Y no tocarlos de como estén, que si los tocas, el señor se pone hecho un basilisco. El otro día, porque tiré unos llenos de garabatos, que talmente eran una porquería, tibia que me puso. Y que cuantos más garabatos tengan, más importantes son. Na; que no lo entiendo; cosas del señor.

CLAU. Si yo debía hacerlo. Desde mañana no limpies aquí.

RUPE. Como usted quiera.

CLAU. No tengo humor para nada.

RUPE. Lo que tié usted es un humor de perros. Y hace usted mal, porque ya no va a sacar na en limpio. ¿Que el señor se quiere ahorcar? Pues déjele usted, y que buen provecho le haga el arroz.

CLAU. Sí, claro; como si no me doliera... Como si Faustino no fuera mi hermano...

RUPE. Le duele a usted por su hermano y le duele a usted por el estómago. ¡Natural, señor! Vivían ustés como príncipes..., como vivían los príncipes cuando vivían bien. Y va y se mete por medio la niña tonga, y san seacabó. Por supuesto que a mí no me ha cogido de sorpresa. Desde que entró en la casa me lo malicié. Es de las que encalabrinan a los hombres. No hay más que

verla. Una es joven y no mal parecida. Pero a menos tendría yo de encalabrinar a nadie. En cambio, la niña tonga esa...

CLAU. La niña tonga y la mamá de la niña tonga. Emplumadas las dos, y era poco.

RUPE. Es que, miusté, señora: yo me fijo mucho en las cosas y lo tengo bien oservao. En tratándose de los hombres, no hay que fiarse de denguna mujer. A la primera de toas la hizo Dios, y ya sabemos cómo resultó. De las demás, no hablemos. Serví yo hace dos años en una corsetería de lujo que le dicen El Sostén de la Patria...

CLAU. Vete a abrir, que han llamado.

RUPE. Sí, señora. *(Vase por la primera izquierda.)*

CLAU. *(Escuchando.)* Es Faustino. No tengo gana de verle. *(Vase por la derecha. Entran por primera izquierda don Faustino y Nolasco.)*

NOLAS. Nada, chico; que estás como nuevo.

FAUS. No tienes idea. Es el despertar de Fausto. Yo mismo estoy asombrado. Es como si renaciera. Cosas que antes me molestaban ahora me alegran y tonifican.

NOLAS. Naturaca, hombre, naturaca.

FAUS. Eso sí; apenas trabajo.

NOLAS. Ni falta que te hace. Eres un obrero parao. Estás de moda.

FAUS. Indudablemente, la vida tiene aspectos y matices que eran desconocidos para mí. Y es que se me ha infiltrado la juventud, la alegría de esa divina criatura, haciéndome optimista y comprensivo. Antes era yo un ser absurdo. Ahora soy un hombre. Y es a ella a quien debo este resurgimiento venturoso.

NOLAS. ¡Vamos! ¡Ya está! La eterna ingratitud. Se lo debes a ella, y me lo debes a mí. Tú dirás si no fué idea mía la de... recauchutarte.

FAUS. Hombre, claro; también te lo debo a ti.

NOLAS. Bueno; en rigor, no me lo debes, porque bien me lo has pagado. No tienes idea de lo estupendamente que me vino la comisión de la alhaja. Sesenta machacantes que se sacudió «la Jamoncitos». Y con las doscientas leandras que ayer me

diste, me ha venido Dios a ver. Gracias a eso he podido dar una vuelta a la casa. Se han tapado algunos agujeros. Las chicas se han hecho trapitos. Las cosas.

FAUS. Lo celebro.

NOLAS. Ahora tengo un proyectillo... Ya me aconsejarás.

FAUS. Con mucho gusto.

NOLAS. Se trata de algo grande... La solución al problema de mi vida... No sé si te he hablado de doña Facunda...

FAUS. No recuerdo.

NOLAS. Doña Facunda es una fiadora. Hemos hecho varios negocios juntos. Simpática, adinerada, de buen ver. Chico, yo estoy harto de trabajar y quiero darme buena vida los cuatro días que me quedan. Al fin y al cabo me llamo Domingo, y los domingos se han hecho para el descanso. La ocasión es impepinable. ¿Qué te parece mi proyecto?

FAUS Hombre, tú que conoces a la interesada... Dices que es buena persona...

NOLAS. Buena persona. Pasta abundante. Seriedad absoluta. Discurre como una mujer de sesenta años.

FAUS. ¿Cuántos tiene?

NOLAS. Cincuenta y nueve cumpliditos. Eso es lo malo. ¡Si pudiera cambiarla por tres de veinte!... Pero, chico, para quien soy, no iré mal servido. Ahora voy a su casa. Me va a dar un pápiro de los mayores para que le compre el regalo de boda. Quiere un collar... Yo le pienso añadir una cadena, porque la pobre es un chucho.

FAUS. Siendo así, no te cases.

NOLAS. Estoy curado de espantos. Lo primero es vivir. Y con cinco duros de sobra en el bolsillo, me tienes por esas calles paqueando corazones.

FAUS. Pues entonces haz lo que creas conveniente.

NOLAS. Ya sabía yo que me lo aconsejarías.

FAUS. Conste que yo no te aconsejo nada.

NOLAS. No te preocupe. Cuando la gente pide un consejo, es para que le den la razón. De lo contrario, nadie hace caso. Y como yo estoy decidido...

FAUS. Entonces mil enhorabuenas, y a otra cosa.

NOLAS. ¿Quieres algo para la calle?
FAUS. Sí, mira. Certifícame estas cartas. *(Le da unas que hay sobre la mesa.)* A menos que esto sea un trabajo excesivo para tu nuevo plan de vida.
NOLAS. ¿Quieres callar? Tú siempre me mandas lo que se te antoje. Además, al Palacio de Comunicaciones se puede ir aunque sea de turista. ¡Acude cada hembra a la Lista de Correos!... Hasta después... *(Vase por la primera izquierda.)*
FAUS. Anda con Dios. Esa criatura es la alegría de mi vida... *(Entra doña Claudia por la derecha.)*
CLAU. ¿Te estorbo?
FAUS. No, por Dios; qué disparate. Tú no me estorbas nunca.
CLAU. Eso creía yo antes. La vida me ha traído esta desilusión. Un desengaño más.
FAUS. No tienes derecho a decir eso.
CLAU. Desgraciadamente es así. Y bien sabe Dios que no me duele el daño material que puedas causarme.
FAUS. Ningún daño ha de sobrevenirte. Puedes estar tranquila.
CLAU. Claro; tú qué vas a decir...
FAUS. Ya lo verás.
CLAU. No es eso lo que me preocupa. Lo triste, lo doloroso para mí es que estés tan obcecado que no veas la realidad... ¿Qué papel es el tuyo junto a esa muchacha? ¿Te has mirado al espejo? ¿No te asusta el porvenir?
FAUS. Porque me he mirado al espejo, porque me he visto bien y sé que tengo la energía física y mental de los treinta años, no encuentro inconveniente en hacer lo que me propongo. Si no comprendiera que hay en tus palabras un fondo disculpable, me sentiría profundamente molesto por tu actitud.
CLAU. No, Faustino; eso, no. Perdona. Te hablé como era mi obligación, porque veo las cosas friamente. Interpretas mis palabras de manera ofensiva para mí. Qué hemos de hacer. Quiera Dios que algún día no tengas que recordarlo, cuando ya sea tarde.

FAUS. Eso será cuenta mía.
CLAU. Perfectamente. Dime ahora si debo ya salir de esta casa.
FAUS. No, mujer; quién piensa en eso. Ni ahora ni nunca. Porque ella entre, no es necesario que tú te vayas.
CLAU. ¿Has pensado lo que dices, Faustino? ¿Olvidas que mi hijo vive aquí también?
FAUS. Es verdad... No había caído en ello... De cualquier modo, no es cosa urgente, y puedes estar convencida de que tendrás siempre tu bienestar asegurado. *(Desde dentro, por la primera izquierda, se oye a Ruperta decir:)*
RUPE. Están en el despacho. Pasen ustedes.
CLAU. Yo me voy. No tengo ganas de hablar.
FAUS. Como quieras. *(Vase doña Claudia por la segunda izquierda. Entran Margarita y doña Luciana por primera izquierda.)*
LUC. Aquí estamos nosotras. ¿Se ha descansado, don Faustino?
FAUS. No estaba cansado, doña Luciana.
LUC. Bueno; es un decir. Ya sé que usted da largos paseos; que se dedica a la cultura física, como ahora dicen... Mejor le irá que escribiendo la historia de doña Urganda la desconocida.
MARG. Mamá, no te pongas pesada.
LUC. Ya sabe aquí don Faustino que es una broma. No lo puedo remediar; pero en cuantito que tomo cariño a una persona, bromeo con ella.
FAUS. Lo cual quiere decir que me ha tomado usted cariño.
LUC. Ay, sí, señor. Salta a la vista. Sería yo un mal bicho de otro modo. Cuando soy feliz, quisiera yo que el mundo entero lo fuese. Y tengo la satisfacción de ver que me rodea la felicidad. Es decir..., alguien hay que no participa de mi opinión, seguramente. ¿Está en casa doña Claudia?
FAUS. Sí; ahí dentro está.
LUC. Voy a darle un rato de coba, a ver si me congracio con ella. ¿Morderá?
MARG. ¡Mamá, por Dios!

LUC. Ya sabe aquí don Faustino que es broma.
FAUS. Vaya usted tranquila.
LUC. Por si acaso. *(Se santigua y se va por la segunda izquierda.)*
MARG. Mi madre tiene unas cosas...
FAUS. Son ingenuidades. No te preocupe. A mí me hace gracia.
MARG. Sí; ahora. Ya veremos el día de mañana.
FAUS. Cuando sea preciso, le paramos los pies.
MARG. Entonces será más violento. Demasiado lo comprende usted.
FAUS. Lo que no comprendo es que sigas llamándome «de usted».
MARG. Me queda la costumbre... Ya la iré perdiendo poco a poco.
FAUS. ¿Y por qué poco a poco?
MARG. Es natural que así sea... Le tengo mucho respeto...
FAUS. Yo no quiero que me tengas respeto, sino cariño.
MARG. Sí; claro...
FAUS. ¿Y me lo tienes? La verdad: dime la verdad.
MARG. Sí, señor. Le quiero a usted. No como yo soñaba que se debe querer a un hombre; pero le quiero; sí, le quiero... *(Como queriendo convencerse a sí misma de lo que dice.)*
FAUS. *(Con amargura.)* Como tú soñabas... ¿Y qué es lo que tú soñabas?
MARG. Qué sé yo... El amor me parecía una hoguera... Rodeado de inquietudes, de zozobras... Pero grande, arrollador, imponente... El cariño que usted me inspira no es eso... No hay zozobras, no hay inquietudes... Suavidad, placidez, dulzura...
FAUS. Eso es la felicidad. La que yo te ofrezco. La que tendrás junto a mí...
MARG. Así lo espero, don Faustino... *(Corrigiéndose.)* Faustino...
FAUS. *(Estrechando las manos de Margarita.)* Así, así. *(Entra Ruperta por la primera izquierda.)*
RUPE. ¿Hay permiso?
FAUS. ¿Qué quieres?
RUPE. Aquí está Cepedita.

FAUS. ¿Qué es eso de Cepedita? El señor Cepeda querrás decir.

RUPE. ¿Pues no le llaman así?

FAUS. Pero tú no debes llamarle de ese modo.

RUPE. Bueno. El señor Cepeda. ¿Qué hago con él?

FAUS. Dile que pase.

RUPE. Ahora va. *(Vase por la primera izquierda. Entra Cepedita por la misma puerta.)*

CEPE. ¿Se puede?

FAUS. Pase usted, amigo Cepeda. Y perdone a la muchacha...

CEPE. ¿Quiere usted callar, don Faustino? En todas partes me llaman Cepedita. Soy tan insignificante, que nadie me concibe sin el diminutivo.

FAUS. No es insignificancia. Es afecto lo que indica ese modo de llamarle.

CEPE. Ya lo sé, don Faustino. Por eso no me molesta. Al contrario. Me agrada. Y ahora que recuerdo... Que sea enhorabuena... *(Con visible emoción, que procura ocultar bajo una sonrisa.)*

FAUS. ¿Por qué?

CEPE. Por... lo de ustedes... El otro día, la verdad, no tuve ánimos para dársela... Fué aquello como un escopetazo... Entraba yo con mi soneto concluído y me encontré con el cuadro... Debí felicitarles, pero se me atragantó.

MARG. Muchas gracias, Cepedita.

FAUS. Muchas gracias.

CEPE. Fué una cosa tan rápida... Cuidado que el soneto se me dió bien... No tardé ni un cuarto de hora... Pues cuando subí, ya era tarde... No supe qué hacer con el soneto.

MARG. Habérmelo dado.

CEPE. Ya, ¿para qué? Lo rompí.

MARG. Mal hecho.

CEPE. No tiene importancia.

MARG. Y ¿no me guardas rencor, Cepedita? No quiero yo que me odies.

CEPE. ¿Quieres callar, criatura? Yo no soy capaz de odiar a nadie... Me he limitado a romper la lira. ¡Para lo que me ha servido! Ahora pienso dedicarme al teatro. Colaboro con un compañero

de oficina: Salmorejo, el tío más gracioso del mundo... Hemos empezado una comedia que se llama «Los Tercios de Flandes».

FAUS. ¡Ah! Muy bien. Obra histórica, por lo que parece.

CEPE. Ca, no, señor. Flandes es un fresco muy aficionado a la cerveza... ¡Y se le ocurre a Salmorejo cada chiste! Es para tumbarse. Pero yo venía a otra cosa.

FAUS. Usted dirá.

CEPE. ¿Tienen ustedes noticias de Federo?

FAUS. ¿De mi sobrino? Creo que no...

CEPE. ¿No saben ustedes cuándo vuelve?

FAUS. Como no lo sepa mi hermana...

CEPE. Pues me temo que se quede sin destino. Hoy me ha vuelto a llamar el director: «Si el lunes no se presenta, quedará cesante». Y yo me hago un taco al oírle. Parece que tengo la culpa.

FAUS. Pues no sé qué decir. En realidad, no me explico lo que le ocurre a este muchacho. Se despidió por diez o doce días...

CEPE. ¡Sí, sí, diez o doce días! Me río yo... Y si, al menos, supiéramos su dirección... *(Entra precipitadamente Ruperta por la primera izquierda.)*

RUPE. ¡Señor! ¡Señora! Prepárense ustés.

FAUS. ¿Qué pasa?

RUPE. *(Asomándose a la segunda izquierda.)* ¡El señorito acaba de llegar!

CEPE. ¡Ya era hora! *(Entra por segunda izquierda doña Claudia; tras ella, doña Luciana.)*

CLAU. Pero ¿es verdad que ha venido?

FAUS. Eso dice la muchacha.

RUPE. Estaba yo en el balcón, y me lo veo de bajar de un «taxi». *(Vanse doña Claudia y Ruperta por la primera izquierda.)*

LUC. La vuelta del hijo pródigo. *(Oyense voces por primera izquierda.)*

CLAU. *(Dentro.)* ¡Hijo!

FEDE. *(Idem.)* ¡Mamá! *(Entran, abrazados, doña Claudia y Federico. Tras ellos, Ruperta, con una maleta y un maletín en la mano.)*

CLAU. No vas a conocer a tu tío.

FAUS. ¡Federico! *(Abrazándole.)*

FEDE. ¡Tío Faustino! Estás guapísimo. *(Ve a Margarita.)* ¡Chiquilla! ¿Tú por aquí?

MARG. *(Al oír la voz de Federico, Margarita se impresiona visiblemente. Al verle entrar, se transfigura. Es preciso que esto lo advierta el público. Procura dominarse, y le contesta con voz velada por la emoción:)* Ya me ves.

FEDE. Estás más guapa que cuando fuimos novios.

FAUS. ¡Ah! ¿Pero habéis sido novios?

MARG. Cosas de chicos... Cuando estuve en el Banco...

LUC. No haga usted caso, don Faustino. Serían tonteos, y nada más que tonteos. Yo, ni me enteré.

FEDE. ¡Oh, la insigne doña Luciana! Dichosos los ojos.

LUC. *(Secamente.)* Tanto gusto.

FAUS. *(Aparte. A Margarita.)* Debéis marcharos cuanto antes.

MARG. Bien.

FAUS. Luego iré a verte, y saldremos.

MARG. Como usted quiera.

FAUS. *(A Federico.)* Bien venido, sobrino.

FEDE. Gracias, tío; bien hallado. *(Vase don Faustino por la derecha. Hay un breve silencio embarazoso.)*

RUPE. ¡Jay! Parece que está más gordo.

CLAU. *(A Ruperta.)* Deja ahí la maleta y vete.

RUPE. Sí, señora. *(Deja la maleta y se va por primera izquierda.)*

CEPE. Yo me retiro. Vine en una escapada, y no quiero caer en falta.

FEDE. Sí, hombre.

CEPE. Vendré luego, al acabar la oficina. Y cuanto antes, no dejes de ir por allí. Ya no sé qué decirle al director.

FEDE. Descuida, hombre, descuida. *(Vase Cepedita por primera izquierda.)*

CLAU. *(Acariciando a su hijo.)* Más gordo, no diré que estés. Cambiado, sí te encuentro. Más fornido, más hombre.

FEDE. Será la satisfacción, la alegría... Es algo muy grande viajar. ¡La gloria de ver mundo! En

fin, ya estoy de vuelta. Pero ¿a ti qué te pasa, Margarita, que nada dices? ¿Estás triste?

MARG. No, por Dios...

FEDE. Entonces es que estás enamorada.

MARG. No; qué disparate...

FEDE. Novio habrá, por lo menos.

MARG. No...

FEDE. No lo voy a creer...

LUC. No mientas, niña. Diga usted que lo tiene, y bien cerca de aquí. Como que van ustedes a emparentar. El acertijo es difícil. Si adivinas lo que llevo, te doy un racimo.

FEDE. Entonces..., ¿el tío Faustino?.

LUC. A ver qué vida.

FEDE. ¿Es posible?

MARG. *(Bajando los ojos como avergonzada.)* Ya ves...

CLAU. *(Con amargura.)* Sí, hijo, sí. Y tan posible.

FEDE. ¿Y cómo ha sido?

LUC. Las cosas de la vida. Don Faustino necesitaba una mecanógrafa. Se presentó Margarita. Se enamoraron. Y esto es todo. Ni más ni menitos.

FEDE. Lo que menos me pude imaginar...

LUC. No sé qué tenga de extraño... Margarita no es un coco.

FEDE. No: Margarita, no...

LUC. Y don Faustino, menos. Bastante más vale que algunos pollos litris.

FEDE. Pero, señora, si yo no lo discuto.

LUC. Por si las moscas. Mi hija es muy seria, y don Faustino es muy serio, y yo también soy muy seria.

FEDE. Señora, mi enhorabuena por tanta seriedad.

CLAU. *(Interviniendo para cortar la conversación enojosa.)* Pero tú querrás bañarte, cambiar de ropa...

FEDE. Sí, mamá; efectivamente.

CLAU. Voy a prepararte el baño. Con permiso de ustedes. *(A Federico.)* No tardes *(Vase por la segunda izquierda.)*

FEDE. *(A doña Luciana, zumbón.)* Mucho gusto en saludarla, señora.

LUC. El gusto es mío.

FEDE. *(Emocionado.)* Y a ti también, Margarita. *(Ini-*

cia el mutis. Desde la puerta, volviéndose.) Y conste, de una vez para siempre, que yo no he puesto en duda la seriedad de nadie. *(Vase por la segunda izquierda.)*

MARG. Mamá. No sé por qué te has puesto de ese modo.

LUC. Yo sí lo sé. Y tú también; no te hagas la tonta.

MARG. ¡Mamá!

LUC. No bien asomó por la puerta, vi la cara que ponías... Ya, ni me acordaba de este mequetrefe; pero caí en la cuenta. Es el único novio que te ha hecho tilín. No se me olvida la temporada que nos dió. Venga llorar, venga no comer... Si dura un poco más, nos lucimos. Menos mal que el amigo se cansó de hacerte feliz, y te mandó a paseo. No lo niegues, que aunque tú no me lo has dicho, lo sé de buena tinta.

MARG. No, si no lo niego. Acabamos porque él quiso. Por mí, no hubiese terminado nunca.

LUC. ¿Lo ves? ¡Si tengo yo una vista! Pues ojito con lo que hacemos, que éste es un pelanas, y para pelanas bastante hay con nosotras.

MARG. No, mamá. Si aquello acabó para siempre.

LUC. Lo más fácil es que él no te diga nada; pero si te lo dice...

MARG. Aunque lo diga.

LUC. ¿Estás segura?

MARG. Lo estoy.

LUC. Más vale así. Ni media parole plus. *(Entra don Faustino por la derecha.)*

FAUS. *(A Margarita, severo.)* ¿Todavía estás aquí?

MARG. Ahora nos íbamos.

FAUS. ¿No te dije?...

LUC. No la riña usted, don Faustino, que ha sido por mi culpa. Ya sabe usted que en soltando la sin hueso, no se me ataja fácilmente; que las palabras son como las cerezas, ya lo dice el refrán...

FAUS. Pues bien; no a usted, a ella, he de decirle una cosa. Yo aspiro a labrar tu felicidad; y tengo derecho a que tú no te opongas a la mía. Libre

eres de continuar tu camino, si este que yo te ofrezco no te agrada. Pero si lo aceptas, ha de ser para seguirlo sin claudicaciones; para no ponerme en evidencia nunca. ¿Conformes?

MARG. Desde luego. Y no hay motivo para hablarme de este modo.

FAUS. Yo lo creo, si tú me lo dices. Prefiero que todo sea una suspicacia mía. Perdóname este pequeño ex abrupto, que, yo te lo prometo, no ha de repetirse. Y ahora vámonos, si quieres. Iba a buscarte para dar un paseo. Lo daremos desde aquí, si te parece.

MARG. Por qué no.

FAUS. Vamos saliendo.

MARG. Vamos. *(Vanse por la primera izquierda Margarita y don Faustino.)*

LUC. (El hombre está mosca. Como yo.) *(Vase tras ellos por la primera izquierda. Entra por segunda izquierda doña Claudia.)*

CLAU. *(Preocupada.)* Se han ido.. Mejor. *(Se asoma a la derecha.)* Y Faustino también... Cuántas cosas en tan pocos días... No sé qué pensar de todo esto. *(Entra Ruperta por primera izquierda.)*

RUPE. Habrá que subir la maleta a la guardilla.

CLAU. Sí; claro...

RUPE. Pero antes habrá que sacar la ropa, digo yo.

CLAU. Es verdad... Estoy de tal manera preocupada...

RUPE. Y es natural, porque una servidora también lo va estando.

CLAU. ¿Que tú estás preocupada? ¿Por qué?

RUPE. Por too esto que ocurre. ¿No ve usté que una servidora no es tonta, aunque lo parezca, y se fija, y ata cabos?

CLAU. ¿Por qué dices eso?

RUPE. Señor, por lo que ocurre. El señorito Federo es un castigador. Dende que estoy en la casa, me lo calé. Claro que una servidora es formal, y no hay peligro. Pero él es un castigador, no hay más que verlo. Y que la taquimeca está por él, eso es anciano. De que entró por esa puerta el señorito y vi la cara de la taquimeca, me lo calé. Y la madre de la taquimeca se lo caló, que yo

lo he oído. En fin, señora, que se masca la trigedia.

CLAU. ¡Calla, calla, por Dios!

RUPE. No se apure usted, que estas cosas se arreglan por las buenas casi siempre. Serví yo el año pasao en la calle de Blasco de Caray...

CLAU. Bueno, déjame ya de tus historias y vamos a lo nuestro. ¿Estará cerrada con llave la maleta?

RUPE. Vamos a ver. *(La mira.)* No, señora. ¿La abro?

CLAU. Sí.

RUPE. *(Coloca la maleta sobre una silla y la abre)* ¿Saco la ropa?

CLAU. Déjame a mí. ¡Jesús, cómo viene todo de revuelto! Y la ropa blanca, sin lavar... Toma este traje. ¡Cómo está de arrugado! Ponlo sobre esa silla.

RUPE. Sí, señora.

CLAU. Y esta americana, también.

RUPE. Venga.

CLAU. Pero ¿qué es esto? *(Al sacar la americana cae al suelo un zapato de mujer.)*

RUPE. ¡Juy! ¡El castigador! *(Cogiendo el zapato.)*

CLAU. ¡Un zapato de mujer!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

(Entra por primera izquierda Ruperta, y tras ella, Cepedita.)

RUPE. Pase usted y asiéntese, señor Cepeda. El señorito Federo no ha salido todavía del baño.

CEPE. No tengo prisa.

RUPE. Le avisaré. *(Se dirige hacia la segunda izquierda. Entra doña Claudia por la derecha.)*

CLAU. *(A Ruperta.)* No; espera. Ya le avisaré yo.

RUPE. Como usted mande. *(Vase por primera izquierda)*

CLAU. Ay, Cepedita; no sabes los deseos que tenía de hablarte.

CEPE. ¿Sucede algo?

CLAU. Dime la verdad, que tú la sabes, estoy segura. ¿Con quién ha ido de viaje Federico?

CEPE. Ah, ¿pero ha ido con alguien? Le aseguro a usted que lo ignoraba.

CLAU. ¡Cepedita, por Dios!

CEPE. Se lo juro a usted por mis antepasados, doña Claudia. Es la primera noticia que tengo.

CLAU. ¿Cómo es posible, con vuestra intimidad?

CEPE. Es una intimidad relativa. Nos queremos como hermanos, pero nuestras aficiones son distintas. A mí me da usted un libro para leer o un puñado de cuartillas para escribir, y me paso las horas muertas. A él le gusta la animación, la bulla... ¿Pero usted cómo sabe? ¿Qué datos tiene?

CLAU. Al deshacer la maleta he encontrado esto entre su ropa. *(Muestra el zapato, que estará sobre un mueble fácil de hallar, pero no a la vista del pú-*

blico. Al punto lo vuelve a dejar donde estaba.)

CEPE. Efectivamente, es para sospechar. Porque no cabe duda que no es de él. Pero, después de todo, la cosa no tiene demasiada importancia.

CLAU. Sí la tiene, Cepeda.

CEPE. Al fin y al cabo, una aventurilla...

CLAU. Muy bien. Una aventurilla. Pero ¿con qué dinero? El tenía muy poco. Ya era un prodigio que lo estirase tanto. Si además llevaba compañía...

CEPE. Sí que es raro. Pues, créame usted, que no sé nada.

CLAU. Lo creo porque me lo dices. Después de todo, ¿para qué habías de engañarme? Pero yo veo algo turbio en todo esto; algo en que puede peligrar el buen nombre de mi hijo. ¿Quieres ayudarme a averiguarlo?

CEPE. Desde luego.

CLAU. Procura indagar, enterarte. Esto no será traicionar al amigo, sino hacerle un favor muy grande. Por inexperiencia, por ofuscación, por lo que sea, puede haber cometido algún acto vergonzoso, y es preciso salvarle, si aún es tiempo. ¿Puedo contar con tu ayuda?

CEPE. Que sí, señora. Incondicionalmente.

CLAU. Gracias, Cepedita. Y ahora me voy. Le oigo venir y no quiero que me vea hablar contigo. *(Vase doña Claudia por la derecha. Entra Federico en pijama por segunda izquierda.)*

FEDE. ¡Chico! ¿Tú por aquí?

CEPE. Ya te dije que volvería al salir del Banco. Después de tanto tiempo, hay mucho que hablar. Ante todo debo decirte que en la oficina...

FEDE. Mira, déjame en paz de la oficina. El mundo es muy grande y aquello demasiado pequeño para mí. Antes me ahogaba entre aquellas paredes. Figúrate lo que me sucederá ahora.

CEPE. ¿Qué me cuentas, Federo? Hablas como un nabab. ¿Eres millonario y yo no lo sabía?

FEDE. No hace falta ser millonario para decir que la oficina es detestable.

CEPE. Para decirlo, no. Para prescindir de ella, sí.

FEDE. Se puede vivir de muchas maneras.

CEPE. Venga una. Si me conviene, aceptada. Porque excuso decirte que yo no estoy enamorado del pupitre y los manguitos. Venga la receta.

FEDE. Ah, qué sé yo. Puede haber muchas.

CEPE. La que tú empleas. Porque tú tienes tu martingala, no me lo niegues.

FEDE. ¿Que yo tengo martingala?

CEPE. Y que debe ser estupenda, a juzgar por los hechos.

FEDE. No sé por qué lo dices.

CEPE. Tú verás... ¡Menuda temporadita llevas gracias al truco!

FEDE. No hay tal truco. La lotería...

CEPE. ¡Pa el gato! Un premio de mil pesetas que te permite vivir dos meses recorriendo Europa... y corriéndola en grande.

FEDE. Me he ayudado también trabajando...

CEPE. ¿En qué?

FEDE. Daba lecciones de español...

CEPE. ¡Sí! A los ambulantes de Correos.

FEDE. Además, yo gasto poco...

CEPE. ¿Tú? Pase. ¿Y... la socia?

FEDE. ¿Qué socia?

CEPE. La que te acompañaba.

FEDE. Yo iba solo.

CEPE. ¡Nanay!

FEDE. ¿Quién te ha dicho?...

CEPE. ¿Conoces esto? *(Mostrando el zapato, que saca de su escondrijo.)*

FEDE. *(Contrariado.)* ¿Dónde estaba?

CEPE. En tu maleta.

FEDE. ¿Lo habrá visto mi madre?

CEPE. Tú calcula.

FEDE. Eso es lo que más siento. ¡Qué habrá pensado!

CEPE. Nada bueno.

FEDE. Después de todo, no vayas a suponer...

CEPE. No; yo no supongo nada. Pero, vamos por partes. ¿Quién es ella? Porque ese zapato tiene una dueña.

FEDE. Ella es... Engracia. Me habrás visto con ella algunas veces.

CEPE. Ah, sí. Una rubia...
FEDE. No; no es la rubia.
CEPE. Entonces aquella morenaza...
FEDE. No, no; tampoco.
CEPE. Hijo, como haces colección...
FEDE. Cómo te diria yo...
CEPE. Bueno; es igual. Ni la morena ni la rubia. Otra. Más datos.
FEDE. La conocí este invierno en el Forteen. Luego nos hemos visto en los *cabarets*. Baila bien. Nos unimos estupendamente. Dicen que hacemos la gran pareja.
CEPE. Y por no llevar la contraria a la gente, juntitos a correr el mundo, en amor y compaña.
FEDE. Eso es.
CEPE. Pues sigo sin entenderlo.
FEDE. ¿El qué?
CEPE. La cuestión crematística, hombre. Todo eso es muy bonito; pero ¿con qué dinero?
FEDE. Era verdad lo de la lotería.
CEPE. Sí; no lo dudo. Pero mil pesetas... Aunque fueran de chicle...
FEDE. Ella tenía unas alhajas... Las vendió... Reunimos cerca de ocho mil pesetas...
CEPE. ¡Ay, Federico! Esto ya me gusta mucho menos.
FEDE. ¿Por qué?
CEPE. Viajar a costa de una prójima...
FEDE. ¡No es una prójima! Cuidado lo que dices...
CEPE. Perdona. No he querido ofenderla. Pongamos que es una princesa de sangre real. Pues bien; viajar a costa de una princesa de sangre real es un papel... de estraza para un hombre.
FEDE. Yo creo que no tiene nada de particular...
CEPE. ¿Eso crees? Pues lo siento por ti.
FEDE. Es más: gracias a ello, he podido conocer lo mucho que vale. Engracia es buena, tiene un gran corazón, me quiere... Yo pensaba hablar con mi madre, irla preparando... Y me contraría que lo haya sabido antes de tiempo... No sé qué hacer... Necesito ponerme de acuerdo con Engracia... No sé si ir a su casa o ponerle cuatro letras...
CEPE. Las cuatro letras están más indicadas.

FEDE. Sí; es mejor. Escribiré. Pasa a mi cuarto. Hablaremos. Me aconsejarás.

CEPE. Como un hermano. Puedes creerlo.

FEDE. Yo quisiera convencer a mi madre... Engracia es buena; me quiere mucho. Estoy convencido plenamente de que es así... *(Vanse Federico y Cepedita por la segunda izquierda. Queda la escena sola un instante, y entran por la primera izquierda don Faustino y Nolasco.)*

FAUS. Pasa, hombre, pasa. No sé por qué no subes. en vez de esperarme en el portal.

NOLAS. Me dijo la portera que no estabas.

FAUS. Eso no tiene que ver. Te hubieras sentado. Ya te conocen en casa.

NOLAS. Pues por lo mismo que me conocen. Cuando tú estás, me recibes, y santas pascuas. Pero cuando has salido, prefiero escurrirme. No ves que saben que no vengo a darte nada... Y esta fámula que tenéis ahora es de lo más cerril. El otro día, desde la ventana de la cocina, me vió subir la escalera, y empezó a cantar a voz en grito:

¡Ay, Nolasco, Nolasco, Nolasco,
que tiés una jeta que el verla me da asco!

Tú verás...

FAUS. Será alguna copla que habrá oído por ahí.

NOLAS. No. Es de su cosecha. Se la ha sacado ella de su cabezota. Con ese aspecto de palurda, es castiza. Una chula de Calasparra o de Cadalso de los Vidrios. Pero dejemos eso, que no tiene importancia. Vengo en tu busca para un asunto de vital interés.

FAUS. ¿Para ti?

NOLAS. Hombre, claro.

FAUS. Tú dirás.

NOLAS. Tú eres mi amigo, mi amigo de siempre, ¿verdad?

FAUS. Indiscutible.

NOLAS. ¿Puedo contar con tu apoyo moral? Conste que hablo de tu apoyo moral.

FAUS. Desde luego.

NOLAS. Pues bien; no me he suicidado porque ando mal

de ortografía, y no quiero que el juez se ría de mi carta.

FAUS. ¿Nada menos que suicidarte?

NOLAS. No te burles. Ya sabes lo que te referí esta mañana.

FAUS. ¿Lo que me has referido?

NOLAS. Sí, hombre. Lo de doña Facunda la fiadora.

FAUS. ¡Ah, sí!

NOLAS. La solución del problema de mi vida.

FAUS. Ya recuerdo.

NOLAS. Pues bien, Faustino, compadéceme. No hay solución. Soy un irredento. Es la fatalidad que pesa sobre mí.

FAUS. ¿Ha muerto doña Facunda?

NOLAS. Peor.

FAUS. ¿Peor que morirse?

NOLAS. Para ella, no. Eso era lo peor de todo. Para mí, como si hubiera muerto. Y eso es lo triste.

FAUS. Vaya por Dios.

NOLAS. Veo que no te interesa mi suerte.

FAUS. Sí, hombre; me interesa.

NOLAS. No me preguntas detalles.

FAUS. Si estás deseando decírmelos.

NOLAS. Y es lógico que lo desee. El alma atormentada pide un poco de expansión. Quiero desahogarme contigo.

FAUS. Venga ya tu desahogo.

NOLAS. No lo digas con segunda, Faustino. Me duele oírte ese retruécano mortificante.

FAUS. Te aseguro que no tengo humor de bromas.

NOLAS. Pues bien, Faustino, escucha y compadéceme. Como te dije, Facunda me entregó un pápiro de los mayores para comprar el regalo de boda. Hacía años que no veía en mi poder un documento de esa magnitud. Lo primero que hice fué cambiarlo en billetes de cinco duros: cuarenta papirusillos; una hermosura. Al salir del Banco fuí a Correos para certificar tus cartas. En la Lista me encontré con Justina la chalequera. Tú no la conoces, y claro, no te pones en situación. Si la conocieras, me disculparías. Somos escoria vil, Faustino de mi alma; barro miserable... Al poco

rato, de los cuarenta papirusillos habían volado doce.

FAUS. ¡Pero Nolasco!

NOLAS. Tienes razón. Regáñame; lo merezco. Y no es eso lo peor.

FAUS. ¿Hay más?

NOLAS. Hay menos billetes, que es lo triste. Verás. Me asalta el deseo de recuperar lo gastado... Tengo una corazonada. Entro en un tupi donde se juega fuerte al tute subastado... Me mondan, Faustino de mi sangre.

FAUS. ¿Pero todo?

NOLAS. Todo. ¡Veintiocho papirusillos de mi alma que me ganaron!

FAUS. Es triste.

NOLAS. Más que triste. Hecatómbico. Porque ¿cómo me presento yo en casa de Facunda? Tú puedes sacarme del atolladero.

FAUS. No sé cómo.

NOLAS. Facilitándome ese dinerillo...

FAUS. ¡Imposible! ¡Has abusado mucho de mí;

NOLAS. Se trata de un anticípo absolutamente reintegrable.

FAUS. Aunque así sea. Se acabó mi generosidad.

NOLAS. Yo te juro que en cuanto sea copartícipe de los negocios de Facunda... *(Entra por la primera izquierda Ruperta.)*

RUPE. Con permiso. *(Coge el plumero que está sobre la mesa y vuelve a salir. Al pasar cerca de Nolasco dice en voz baja.)*

¡Pa chasco que no estuviá Nolasco!

(Vase por la primera izquierda.)

NOLAS. ¿Tú ves? Ha rezongado al verme.

FAUS. No he oído nada.

NOLAS. Ha rezongado. Pero, en mi estado de ánimo, da lo mismo. Conque tú dirás, Faustino.

FAUS. ¿Qué quieres que diga?

NOLAS. ¡Sálvame!

FAUS. No puedo.

NOLAS. Me has ofrecido tu apoyo moral.

FAUS. ¿Llamas apoyo moral a mil pesetas?

NOLAS. Si no puede ser todo el papirazo, dame siquiera alguna cosa.

FAUS. Te digo que no es posible. No te das cuenta de que llevas una temporada saqueándome.

NOLAS. Veo con dolor que se cumplen mis temores. Fausto es feliz y le da la patada a Mefistófeles. Eso está mal, Faustino; pero que muy mal. Por grande que sea tu ingratitud, no debes olvidarte de que por mí eres dichoso.

FAUS. Estás equivocado. No lo soy. No puedo serlo.

NOLAS. ¿Qué me cuentas? ¿Has roto con Margarita?

FAUS. No he roto con ella. Pero el castillo de naipes de mi felicidad se desmorona.

NOLAS. ¿Por culpa de ella?

FAUS. Sin culpa de nadie. Un suceso inesperado me acaba de desconcertar. Paseábamos por Recoletos. Dos mozalbetes comenzaron a seguirnos, requebrando a Margarita. Ella no dió motivo, y estoy seguro de que la molestaba el asedio. Al llegar a Colón, tuve que plantarme, encarándome con los pollastres. Entonces uno de ellos se echó a reír y dijo: «Preciosa, dígale a su abuelito que no tenga tan mal genio.» La madre, que venía con nosotros, les llamó groseros, y dijo: «Es su esposo.» Al oírlo, aumentó la chacota.

NOLAS. ¿Y qué más?

FAUS. ¿Te parece poco?

NOLAS. Es un lance desagradable, pero sin la menor importancia.

FAUS. ¡Su abuelito! Eso parezco junto a ella. ¡Su abuelito!

NOLAS. ¡Pero qué vas a parecer! Su padre, ¡vamos!

FAUS. ¿Y te parece poco?

NOLAS. Yo creo que exageras. No es para tanto. Y ella, ¿qué ha dicho?

FAUS. Se había reunido un grupo de curiosos... Avergonzado, me escabullí. No la he visto después. Preferiría no verla nunca.

NOLAS. ¡Bah, bah, bah! Deja pasar una noche. Mañana pensarás de otro modo.

FAUS. No lo creo.

NOLAS. Estoy seguro. Y ahora, reflexiona, Faustino, que

yo no tengo la culpa. Haz algo por mí. Ya que Mefistófeles salga derrotado, por lo menos que no se vaya de vacío.

FAUS. *(Le da unos billetes.)* Toma. No puedo darte más.

NOLAS. Dos papirusillos. Menos da una piedra. Gracias, chico. Le contaré a Facunda un cuento tártaro, a ver si cuela. Como está enamorada, colará.

FAUS. Siempre que no tropieces con otra chalequera.

NOLAS. Ah, entonces será culpa de la fatalidad. Yo cumplo a mi modo aquel precepto: «Ama al prójimo como a ti mismo; si es prójima, te esmerarás.» Adiós, Faustino. *(Vase por la primera izquierda.)*

FAUS. *(Queda pensativo unos instantes.)* ¿Qué debo hacer? ¿Qué será lo mejor? *(Entra doña Claudia por la derecha.)*

CLAU. *(Preocupada.)* Escucha, Faustino.

FAUS. ¡Ah! ¿Eres tú?

CLAU. ¿No te importa que hablemos?

FAUS. Al contrario... Casi diría que lo necesito.

CLAU. ¿Pues qué ocurre? ¿Estás enfermo?

FAUS. No, no te alarmes. No es nada. Ansia de confidencias... Nadie mejor que tú para oírme, para aconsejarme...

CLAU. ¡Pobre de mí! ¡Buen caso harás de mis consejos!

FAUS. Hasta hoy no los he pedido. Hoy... me hacen falta. No creo que me rechaces cuando busco refugio a tu lado.

CLAU. ¿Cómo he de rechazar lo que deseo? Si me tienes, no disgustada, pero sí dolida, es por haber prescindido de mí. Tal vez creyeras que sólo me guiaba el egoísmo... Por encima de todo estás tú. El cariño que nos unió siempre; la gratitud que te debo...

FAUS. No hables de gratitud; de cariño, sí. Y en nombre del que nos profesamos, yo te pido que me ayudes a ver con claridad, a darme la razón si la tengo, o a desviarme de un sendero que acaso no es digno de mí.

CLAU. Tú lo mereces todo, Faustino. Has podido hacer la felicidad de la mujer más exigente. Pero Margarita es una criatura y tú tienes treinta años

más que ella. ¡Treinta años, Faustino! Cuando pasen algunos más, ella seguirá joven, y tú, en cambio, figúrate... Ella es muy buena; la mejor de todas; lo será siempre, te querrá, te respetará, se sacrificará por ti si es necesario... Yo no quiero suponer otra cosa... Y tú le preparas como premio a sus bondades, a su abnegación, un porvenir poco halagüeño: vegetar junto a un anciano lleno de achaques.

FAUS. Calla. No sigas. Demasiado lo veo. Ahora es cuando Fausto despierta. Mi sueño venturoso es una locura. Más aún: una infamia de viejo egoísta. Tan egoísta soy, que ni te he preguntado lo que venías a decirme. Habla... y perdona.

CLAU. Se trata de mi hijo... Tengo miedo por él. Un peligro le acecha, y no sé cuál... Pero alguien viene. Vamos de aquí. Ya te contaré. *(Vanse los dos por la derecha. Pequeña pausa. Entra por la primera izquierda Ruperta, y tras ella Engracia, linda joven, bien vestida.)*

RUPE. Pase y espere un momento.

ENGR. Bien.

RUPE. (Esta es la del zapato. ¡Juy, qué castigador!) *(Vase por la segunda izquierda y vuelve a los pocos instantes.)* De seguida viene. *(Vase por la derecha y vuelve a poco, para marcharse por la primera izquierda. Se comprende que después de avisar a Federico ha ido a decírselo a doña Claudia. Al salir, dice:)* (¡Juy, qué trigedia!) *(Mutis primera izquierda. Entra Federico por la segunda izquierda en traje de calle.)*

FEDE. ¿Para qué has venido?

ENGR. Tú verás... Quedas en ir a buscarme, y en vez de hacerlo, me envías un socio mochales perdío...

FEDE. ¿Por qué dices eso?

ENGR. Porque no le entiende ni su señora madre.

FEDE. ¿Pues qué te ha dicho?

ENGR. Tonterías... Que soy gentil... Que merezco un soneto y él me lo escribirá si tú se lo permites... Y la bomba final. Que no te espere hoy, que mañana ya verás si puedes ir.

FEDE. Y en vista de eso, te plantas en casa.

ENGR. Pues no, que voy a esperar la venida de los higos chumbos. Ay, no, hijo. Yo no tengo sangre de horchata, gracias a Dios. Oye, dame un pito.

FEDE. ¡ No !

ENGR. Deja ; traigo abdullas. *(Saca del bolso un cigarro y lo enciende.)*

FEDE. ¡ No, mujer ! ¡ Aquí, no !

ENGR. Pero, oye, ¿es que te vas a asustar ahora?

FEDE. Yo no me asusto. Pero esto no es una fonda ni un *cabaret*.

ENGR. Pero tú eres tú y yo soy yo. ¿No es eso? ¡ Pues entonces ! *(Fuma, se sienta, cruzando las piernas.)* Bueno. Vamos a ver : ¿qué pasa en Cádiz? Pero clarito, clarito, que yo no quiero charadas con la solución a la vuelta.

FEDE. Ante todo, no grites.

ENGR. No grito ; pero tampoco tengo por qué esconderme.

FEDE. Nadie te dice que te escondas. Con que seas prudente, basta. Esta casa no se parece al mundo en que tú vives. Somos una familia a la antigua : mucho orden, mucha seriedad...

ENGR. Un banco de ostras, vamos.

FEDE. Es posible. Pero... somos así.

ENGR. Lo que es tú, me consta que no eres así.

FEDE. Fuera de casa es distinto. Aquí... soy otro.

ENGR. A ver si el otro no me va...

FEDE. Lo que hace falta es que tú no desentones.

ENGR. Bien. Me pondré formalita, si puedo. Habla ya, si quieres.

FEDE. Mi madre se ha enterado.

ENGR. Mejor. Tenía que ser. ¿Y qué ha dicho?

FEDE. No he hablado con ella todavía. Y ese es el recado que te envié. Que deseaba abordar la cuestión en seguida, y por eso no iba a buscarte. ¿No te lo dijo así Cepedita?

ENGR. Me lo dijo. Pero no sé, me pareció que era un pretexto... No lo vi claro... Por eso he venido.

FEDE. Has hecho mal. Pudieran verte, y ahora no es oportuno. Mañana, o al otro, cuando haya hablado con mi madre y sepa cómo respira, volverás.

Yo te habré preparado el terreno. Ahora, vete.

ENGR. ¿Sabes que estás muy poco galante?

FEDE. Mujer, date cuenta de lo que te digo.

ENGR. Después de todo, ya que estoy aquí...

FEDE. No sería oportuno. Vamos, vete. *(Empujándola. Entra doña Claudia por la derecha.)*

CLAU. Déjala, Federico. Tiene razón esta... señorita.

FEDE. ¡Mamá!

ENGR. Mucho gusto en conocerla, señora.

CLAU. *(Eludiendo el saludo.)* Qué más da hoy que mañana. Lo que ha de ser, cuanto antes, mejor. ¿Querías preparar el terreno? Ya está preparado. Hable usted. Hablemos.

ENGR. Pues claro que sí, señora. Si es que éste es un tonto, y todo se le vuelven miramientos y bobadas. ¡Las ganas que tenía yo de que llegase este momento! Y él lo mismo, no vaya usted a creerse.

FEDE. Sí; pero no ahora.

ENGR. Mira, chico; tú te callas, y nos dejas a nosotras, que entre mujeres es más fácil entenderse. ¿Verdad, señora?

CLAU. Cuando usted lo dice...

ENGR. ¡Naturalmente! Yo lo que no quiero es que usted se enfade conmigo. Y no crea usted que me ofende con eso, ni me choca, después de todo... A ninguna madre le hace gracia que se le lleven a su hijo. Recuerdo que cuando mi hermano Julio se fué con la Rosa...

FEDE. ¡A qué viene hablar de tu hermano!

ENGR. Hijo, no te pongas así. Lo digo porque todas las madres se parecen. Claro está que nosotros nos casaremos como Dios manda; no faltaba más... Siempre que usted no se oponga, ni que decir tiene.

CLAU. ¿Yo? Nada de eso. Federico sabe que nunca le regateado un gusto. Sus deseos han sido órdenes para mí. Tal vez haya pecado por esto la educación que le he dado...

ENGR. No lo crea usted, señora. Ha hecho usted perfectamente. Mi madre es también del mismo sistema. Que cada cual haga su gusto.

CLAU. Pues por mí, si no hay algún inconveniente moral que a ello se oponga, podéis casaros cuando os parezca... Para ello, claro es, habrá que ponerse al habla con la familia de esta señorita...

FEDE. *(Bajando la cabeza.)* No, mamá; ella es buena, pero con su familia tú no puedes tener trato.

CLAU. Sin embargo, los parientes de ella serán nuestros parientes. Cuando quieran podrán presentarse aquí...

ENGR. *(Un tanto avergonzada.)* Esté usted tranquila. No se presentarán. No por nada; pero es mejor así. Federico y yo lo teníamos hablado.

CLAU. Como ustedes quieran... Yo no habría de oponerme. Y el día que se casen, mientras Federico está en la oficina, en sus ocupaciones, usted y yo saldremos de paseo...

ENGR. ¡Sí, señora! Encantada...

CLAU. Así, juntas, del brazo... ¿Verdad, Federico?

FEDE. Mamá, por Dios, no digas eso...

CLAU. ¿Por qué no? ¡Va a ser mi hija!

ENGR. ¡Naturalmente! ¿Qué tiene de extraño? *(Federico baja la cabeza. Hay una leve pausa embarazosa.)* ¡Ay, ay, ay! Me parece que he hecho mal en venir.

FEDE. Ya te lo he dicho.

ENGR. Pues, hijo, ya no tiene remedio. Otro día volveré, señora. Cuando éste me autorice.

CLAU. Como usted quiera.

ENGR. Buenas tardes. *(Mutis rápido por primera izquierda.)*

CLAU. ¡Dios mío! ¿Se irá con ella? *(Tras Engracia marchó Federico por primera izquierda. Doña Claudia queda en el centro de la escena con las manos cruzadas mirando hacia la puerta, temerosa de que su hijo se haya ido. Momentos de emoción, que terminan apareciendo Federico por la primera izquerda.)*

FEDE. ¡Mamá!

CLAU. ¡Hijo! *(Se abrazan llorando.)*

FEDE. ¡Perdóname; por Dios te lo pido; perdóname! Estaba loco. No veía la realidad como tú me la has hecho ver ahora, sin decirme nada, sin

reprocharme nada; poniéndome un espejo delante para que en él me vea como soy... ¡Gracias, madre mía, gracias!

CLAU. No, hijo; nada tienes que agradecerme. Quiero tu felicidad, porque de ella depende la mía; y no era posible. Federico, no era posible.

FEDE. Demasiado lo comprendo ahora.

CLAU. Vamos a tu cuarto. Tranquilízate. Reposa. Mañana te parecerá un sueño.

FEDE. Un mal sueño, del que tú me has hecho despertar... *(Vanse abrazados los dos por segunda izquierda. Pequeña pausa. Entra Ruperta y tras ella Margarita y doña Luciana por la primera izquierda.)*

RUPE. Pasen ustés. (¡Otra trigedia!) *(Vase por la derecha y vuelve al instante.)* Que se sienten ustés un momento. *(Vase por la primera izquierda.)*

MARG. Debíamos haber esperado.

LUC. Tú te callas y me dejas. El hombre se quedó más corrido que una mona. Hay que ponerse en su caso.

MARG. Pues por eso. Era mejor esperar a que él fuera por casa.

LUC. Pudiera parecerle mal la falta de interés. Déjame a mí, que conozco a los hombres.

MARG. Yo hubiera preferido esperar.

LUC. Al contrario. De esta entrevista, que será memorable, saldrá fijado el día de la boda. ¡Si conoceré yo el mundo! Calla, que viene. *(Entra don Faustino por la derecha.)*

LUC. Pero, hay qué ver cómo se nos escabulló el hombre... Temíamos que se hubiera usted puesto malo...

FAUS. Nos separó la gente. No las encontré luego... Pensaba ir más tarde por su casa, porque... tenemos que hablar.

LUC. (¿No lo dije? Conferencia memorable.) Pues... hablemos aquí, si le parece.

FAUS. ¿Por qué no?... ¿Quieres pasar, Margarita, mientras nosotros hablamos?

MARG. ¡Ah!... ¿No es conmigo la charla?

FAUS. No es contigo..., aunque se refiere a ti. Si no te molesta...

MARG. ¡No, por Dios! Molestarme, no.

FAUS. Perdona... *(La acompaña hasta la derecha, por donde se va Margarita, y cierra la puerta.)*

LUC. Me hace usted entrar en cuidado, don Faustino.

FAUS. ¿En cuidado? ¿Por qué? No hay razón para ello. Solos estamos más libres.

LUC. Ah, claro. Pues tiene usted la palabra.

FAUS. Dice un antiguo apotegma que el ideal de todo hombre que aspira a ser justo, es que al nacer le reciban con risas y al morir le despidan con llanto. Yo no sé si me llegada al mundo fué acogida o no con regocijo; pero deseo, y he de hacer lo posible por lograrlo, que mi ausencia definitiva merezca alguna lágrima piadosa de cuantos me rodean. Ello será indicio de que no cometí, a sabiendas, ninguna maldad.

LUC. Es una moraleja preciosa, don Faustino; pero ¿quiere usted decirme a qué cuento viene... este cuento?

FAUS. A ello voy. Y perdone usted que para entrar en materia haya empleado palabras un tanto oscuras. A esclarecerlas voy.

LUC. Vamos a ver.

FAUS. Aunque concretamente no hemos hablado del asunto, supongo a usted enterada del efecto que los encantos de Margarita han producido en mí.

LUC. *(Sonriente.)* ¡Por Dios, don Faustino! Ni que fuera tonta. Como si yo necesitara que me digan ciertas cosas. Ni más ni menitos.

FAUS. Vivía yo sin acordarme de que hay mujeres en el mundo. Ella me lo ha recordado... en mal hora.

LUC. ¿En mal hora?

FAUS. Sí. ¿Para qué vamos a engañarnos? Lo que no es natural, no debe ser. Y esto no es natural, doña Luciana, y no será.

LUC. ¿Pero ahora salimos con esas, don Faustino? ¿De dónde saca usted que no es natural?

FAUS. Porque no lo es.

LUC. Yo lo que puedo decirle es que la niña está por

usted; y no es que ella lo diga ni que yo lo repita; es que todo el mundo lo ve, porque la pobre mía es más sencilla que nadie, y no hay en su alma doblez ni es capaz de engañar a una mosca.

FAUS. ¿De modo que Margarita no ve con desagrado mi propósito de casarme con ella?

LUC. Pero ¡qué ha de ver con desagrado! Satisfecha hasta más no poder estará cuando usted se decida a desposarla.

FAUS. Y usted, doña Luciana, ¿qué pensaría de ello?

LUC. ¿Qué quiere usted que piense? Que no podíamos ni soñar una lotería semejante.

FAUS. ¡Ah, vamos! Sólo ve usted en ello una lotería.

LUC. ¡Entiéndame usted, don Faustino! Dije lotería... en el sentido de suerte inesperada. ¿Cuándo pudo imaginarse mi pobre Margarita que un señor tan caballero como usted la llevase al altar?

FAUS. No todo estriba en que yo sea un caballero. Otras cosas deben mirarse además en un pretendiente. Y yo no soy el pretendiente ideal para su hija.

LUC. Pero ¿por qué?

FAUS. Porque soy un viejo.

LUC. Está usted más fuerte y mejor que muchos jóvenes. ¡Hay por ahí cada alfeñique!... En cambio, usted... A ver si quiere que le regalen el oído...

FAUS. Yo no soy joven.

LUC. Eso no es un inconveniente. Ella le querrá a usted, le cuidará cuando haga falta, será dichosa estando a su lado...

FAUS. Pero puede y debe aspirar a otra felicidad más rotunda, más verdadera. No ha de ser una hermana de la Caridad. Yo he debido pensarlo antes, lo reconozco... He necesitado verlo para convencerme.

LUC. ¿Que ha necesitado verlo? ¿Y qué es lo que ha visto?

FAUS. Entre otras cosas, la cara de Margarita cuando llegó mi sobrino. No le esperaba. No tuvo tiem-

po de prevenirse... Y en sus ojos pude leer lo que me hacía falta para reaccionar, afortunadamente a tiempo.

LUC. Eso son figuraciones, don Faustino.

FAUS. No lo son. Y usted lo sabe, y hace mal negando la evidencia. Esa conducta no es noble, doña Luciana; ni por ella ni por mí.

LUC. Total, que la deja usted compuesta y sin novio.

FAUS. Sin este novio, que no es el soñado por ella.

LUC. Y como Federico no dirá ni pío, pues sí que va a lucirse la criatura.

FAUS. De eso me encargo yo. Margarita seguirá frecuentando esta casa. Ella y Federico se verán a diario... Yo insinuaré oportunamente lo que sea preciso... y nuevamente se entenderán. *(Sale Margarita por la derecha.)*

MARG. *(Muy emocionada, llorosa.)* Don Faustino, ¿me permite usted que le dé un abrazo?... El que daría a mi padre si viviera.

FAUS. *(Abrazándola.)* Eso sí. Tu padre quiero ser. Puesto que lo has oído, ¿estás conforme con todo?

MARG. *(Ruborosa.)* Sí, señor.

FAUS. ¿Lo ve usted, doña Luciana?

LUC. Pero don Faustino de mi alma, que todo hay que pensarlo en este mundo y el amor se sienta tres veces a la mesa... Su sobrino es un buen chico, no lo dudo; pero me creo yo que es un poco respetuoso para el trabajo. Con él, los volatineros, vulgo gabrieles, y gracias.

FAUS. ¿Quién ha de disfrutar sino ellos lo que yo poseo?

LUC. *(Radiante.)* ¡Entonces ni media parole plus!

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde,* por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco,* por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las canas de Don Juan,* por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara,* por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas,* por Marcelino Domingo.
15. *El ardid,* por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón,* por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella,* por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje,* por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua,* por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir,* por Felipe Sassone.
21. *Madame Buterfly,* por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas,* por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan,* por Carlos Arniches.
24. *La otra honra,* por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas,* por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid,* por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente,* por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes,* por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa,* por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Jorio,* por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana,* por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida,* por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa,* por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura,* por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini,* por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres,* por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia,* por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día,* por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita,* por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona,* por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido,* por Federico Oliver.
43. *Señora ama,* por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia,* por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal,* por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra,* por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa,* por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz,* por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales,* por S. y J. Alvarez Quintero.

50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63. *Los hijos del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. *...Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nacío»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.
86. *Todo tu amor*, o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La peña*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra* o *Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101. *El doncel romáitico,* por Luis Fernández Ardavín.
102. *La buena suerte,* por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta,* por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer,* por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro... y Noche de amor,* por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría,* por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma,* por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano,* por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño,* por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá,* por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga,* por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario,* por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara,* por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos,* por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela,* por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla, corazón,!* por Felipe Sassone.
117. *Mamá,* por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido,* por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino,* por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños,* por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor,* por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno,* por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián, el primo* o *Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá,* por Antonio Suárez.
126. *Solera fina,* por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla,* por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón,* por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma,* por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli,* por Erzeinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez,* por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español,* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo,* por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo,* por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada,* por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy,* por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa,* por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón,* por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores,* por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente,* por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer,* por Felipe Sassone.
143. *Los marineros,* por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera,* por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón,* por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida,* por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena,* por Etienne Decrept.
148. *Ola Spain,* por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet),* por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën,* por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo,* por Manuel Linares Rivas.

152. *La vida sigue,* por Felipe Sassone.

153. *La tonta del bote,* por Pilar Millán Astray.

154. *Cabrita que tira al monte,* por S. y J. Alvarez Quintero.

155. *Los gorriones del Prado,* por Alfonso Vidal y Planas.

156. *La ilustre fregona,* por Diego San José.

157. *Comedia del arte,* por «Azorín».

158. *Frente a la vida,* por Manuel Linares Rivas.

159. *Los Cuatro Caminos,* por A. Custodio.

160. *Los salvajes,* por Alberto Ghiraldo.

161. *Los pastores,* por Gregorio Martínez Sierra.

162. *El chico de las Peñuelas,* por Carlos Arniches.

163. *Martierra,* por A. Hernández-Catá.

164. *El cuarto creciente y El señor Sócrates,* por M. Linares Rivas.

165. *Los que no perdonan,* por Eusebio Gorbea.

166. *El Clamor,* por P. Muñoz Seca y «Azorín».

167. *Don Luis Mejía,* por E. Marquina y Hernández-Catá.

168. *¡Sí, señor, se casa la niña!,* por Felipe Sassone.

169. *Te quiero, te adoro,* por E. Suárez de Deza.

170. *El rodeo,* por Luis Araquistain.

171. *Lo invisible,* por «Azorín».

172. *El nido ajeno,* por Jacinto Benavente.

173. *Cándida,* por G. Bernard Shaw.

174. *Tigre Juan,* por Julio de Hoyos.

175. *Gente conocida y El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.

176. *Boy,* por Manuel Linares Rivas.

177. *«Parodi y Compañía»,* por Sabatino López.

178. *El fenómeno,* por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.

179. *La pícara molinera,* por Asenjo y Torres del Alamo.

180. *Don Juan de Carillana,* por Jacinto Grau.

181. *La Meiga,* por F. Romero y G. F. Shaw.

182. *De la noche a la mañana,* por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.

183. *Pepita Jiménez,* por C. Rivas Cherif.

184. *El conde de Valmoreda,* por M. Linares Rivas.

185. *El mal que nos hacen,* por Jacinto Benavente.

186. *Las hogueras de San Juan,* por J. I. Luca de Tena.

187. *La estrella de Don Benito,* por J. Téllez Moreno.

188. *La copla andaluza,* por A. Quintero y P. Guillén.

189. *La espuma del champagne,* por M. Linares Rivas.

190. *Las Verónicas,* por Muñoz Seca y Pérez Fernández.

191. *Nobleza baturra,* por Joaquín Dicenta (hijo).

192. *En Flandes se ha puesto el sol,* por E. Marquina.

193. *Hidalgo Hermanos y Compañía,* por Felipe Sassone.

194. *El mismo amor,* por Manuel Linares Rivas.

195. *El marido de la señorita,* por Drégely Gábor.

196. *Ternura,* por Henri Bataille.

197. *Más allá de la muerte,* por Jacinto Benavente.

198. *El hombre que vendió la vergüenza,* por J. R. de la Peña y A. Lapena.

199. *El alcázar de las perlas,* por Francisco Villaespesa.

200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.

201. *Cuando ellas quieren y Cada uno a lo suyo,* por Manuel Linares Rivas.

202. *El mundo es un pañuelo,* por S. y J. Alvarez Quintero.

203. *El juicio de Mary Dugan,* por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros,* por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona,* por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.,* por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar,* por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante,* por M. Linares Rivas.
209. *Los hijos del Cid,* por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente,* por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla,* por Diego San José.
212. *El amor no se ríe,* por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva,* por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena,* por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores,* por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes,* por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo,* por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero,* por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola,* por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado,* por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla,* por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra,* por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute,* por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales,* por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres,* por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro,* por Ben Jonson.
228. *La locura de amor,* por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas,* por Manuel Linares Rivas.
230. *Pequeñeces,* por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La hermana San Sulpicio,* por Ernesto León.
232. *La carcajada,* por F. de la Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor,* por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer,* por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana,* por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo,* por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño,* por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida,* por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio,* por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años,* por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia,* por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve,* por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey,* por Eduardo Marquina.
244. *Una señora,* por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana),* por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores,* por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción,* por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece,* por Bayard Veiller.
249. *El jockey,* por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos,* por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur,* por E. Thuiller y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo,* por L. Navarro y J. M. Pérez-Noria.
253. *Los príncipes caídos,* por Marcelino Domingo.

254. *La cizaña,* por Linares Rivas.
255. *El Lobo,* por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel,* por Juan S. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya,* por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores,* por José Feliú y Codina.
259. *Lo positivo,* por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador,* por A. García Gutiérrez.
261. *El señor feudal,* por Joaquín Dicenta.
262. *El rey Galaor,* por Francisco Villaespesa.
263. *Del dicho al hecho,* por *Manuel Tamayo y Baus.*
264. *Los celos de mi marido,* por Jeyet y Hennequin.
265. *El último sueño de Mozart,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
266. *Doña Clarines,* por S. y J. Alvarez Quintero.
267. *La rosa del mar,* por Felipe Sassone.
268. *Lances de honor,* por Manuel Tamayo y Baus.
269. *Sobrevivirse,* por Joaquín Dicenta.
270. *La moza de cántaro,* por Lope de Vega.
271. *Las niñas de cuota,* por Nicolás Jordán de Uríes.
272. *¡Esta noche me emborracho!,* por F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
273. *Fortunata y Jacinta,* por Soler. Amarillas y Alarcón.
274. *La Dolorosa,* por Juan José Lorente.
275. *La fuerza del amor,* por «Azorín».
276. *¡Pégame, Luciano!,* por Pedro Muñoz Seca.
277. *Che Isidoriño,* por Serafín Adame y A. Torrado.
278. *Orestes I,* por P. Sánchez de Neyra y F. Ximénez de Sandoval.
279. *Hernani,* por Víctor Hugo.
280. *Lo mejor de Madrid,* por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
281. *Ecos de sociedad,* por N. Jordán de Uríes.
282. *No hay mal que por bien no venga,* por M. Tamayo y Baus.
283. *Espectros,* por Enrique Ibsen.
284. *Una mujer simpática,* por J. Ramos Martín y R. María Moreno.
285. *La Ley seca,* por Luis F. de Sevilla y A. C. Carreño.
286. *El poder de las tinieblas,* por León Tolstoy.
287. *He encontrado una hija,* por Leandro Navarro y J. María Moris.
288. *Los hombres de bien,* por M. Tamayo y Baus.
289. *El anillo de Saturno,* por Vicente Pereda.
290. *Hace falta un suicida,* por F. Cuquerella y Pedro S. Neyra.
291. *Málaga tiene la fama,* por L. R. de la Vega y Manrique Gil.
292. *Un programa político,* por V. Gabirondo y M. Díez G. Amarillas.
293. *Torquemada,* por Víctor Hugo.
294. *Virginia,* por M. Tamayo y Baus.
295. *Padre,* por A. Strindberg.
296. *El zapatero y el rey,* por J. Zorrilla.
297. *Rosas de sangre o El poema de la República,* por Alvaro de Orriols.
298. *Un día de octubre,* por Georg Kauer.
299. *Los semidioses,* por Federico Oliver.
300. *Encadenadas,* por Marcelino Domingo.
301. *Casa de muñecas,* por Enrique Ibsen.
302. *Daniel,* por Joaquín Dicenta.
303. *Alonso XIII de Bom-bon,* por A. Custodio y J. de Burgos.
304. *El alcalde de Zalamea,* por Calderón de la Barca.

305. *La ricahembra*, por Manuel Tamayo y Baus.
306. *Ruy Blas*, por Víctor Hugo.
307. *Sancho García*, por José Zorrilla.
308. *El sí de las niñas*, por Lendro F. Moratín.
309. *El honor*, por H. Sudermann.
310. *El místico*, por Santiago Rusiñol.
311. *Leonarda*, por B. Bjornson.
312. *La vida es sueño*, por P. Calderón de la Barca.



P M